

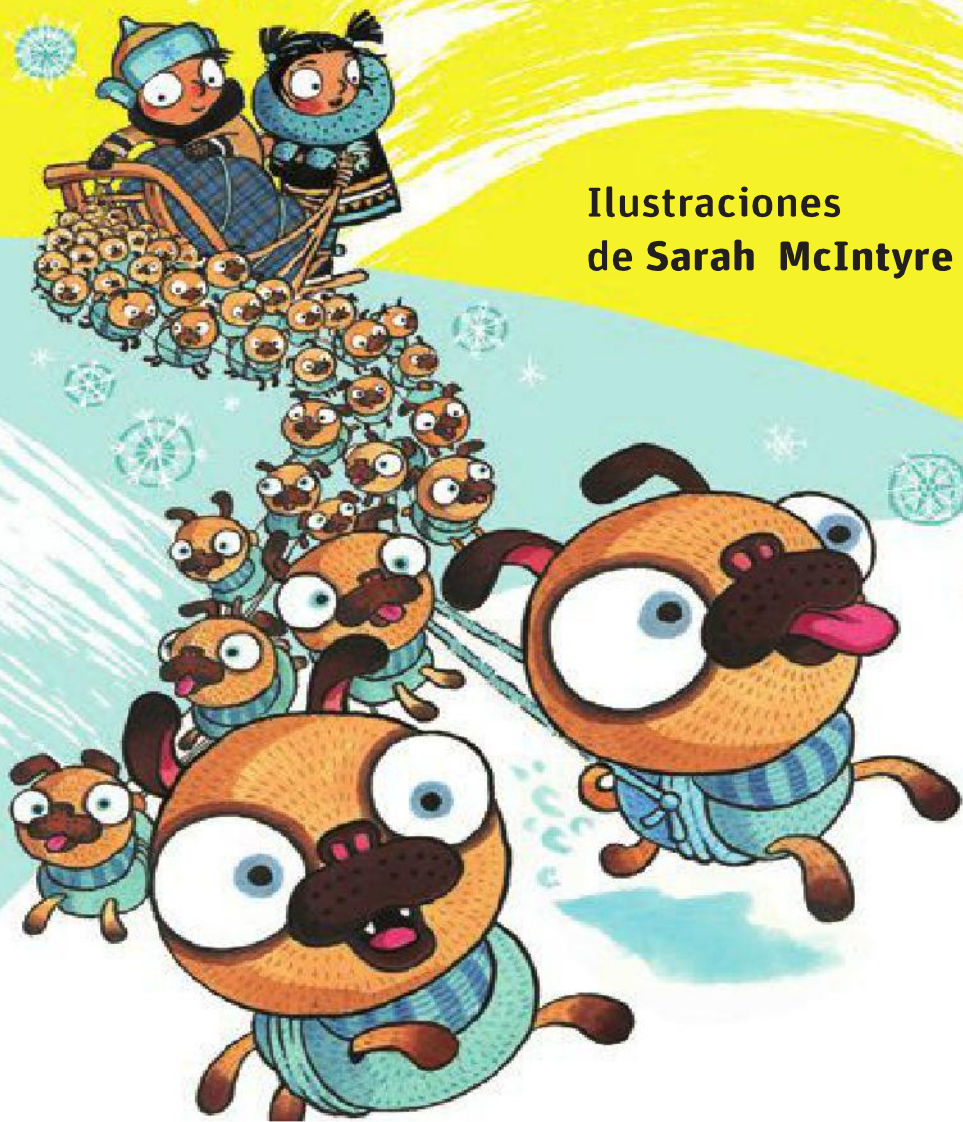


EL BARCO
DE VAPOR

Minichuchos del Polo Norte

Philip Reeve

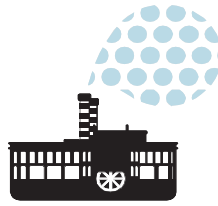
Ilustraciones
de Sarah McIntyre



**Si te agradó o te fué de utilidad regalanos un
"ME GUSTA"**

Gracias por compartir

<https://www.facebook.com/tic2media/>



EL BARCO
DE VAPOR

Minichuchos del Polo Norte

Philip Reeve

Ilustraciones de Sarah McIntyre

Gracias por compartir

Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *Pugs of the Frozen Norh*
Traducción del inglés: Xohana Bastida

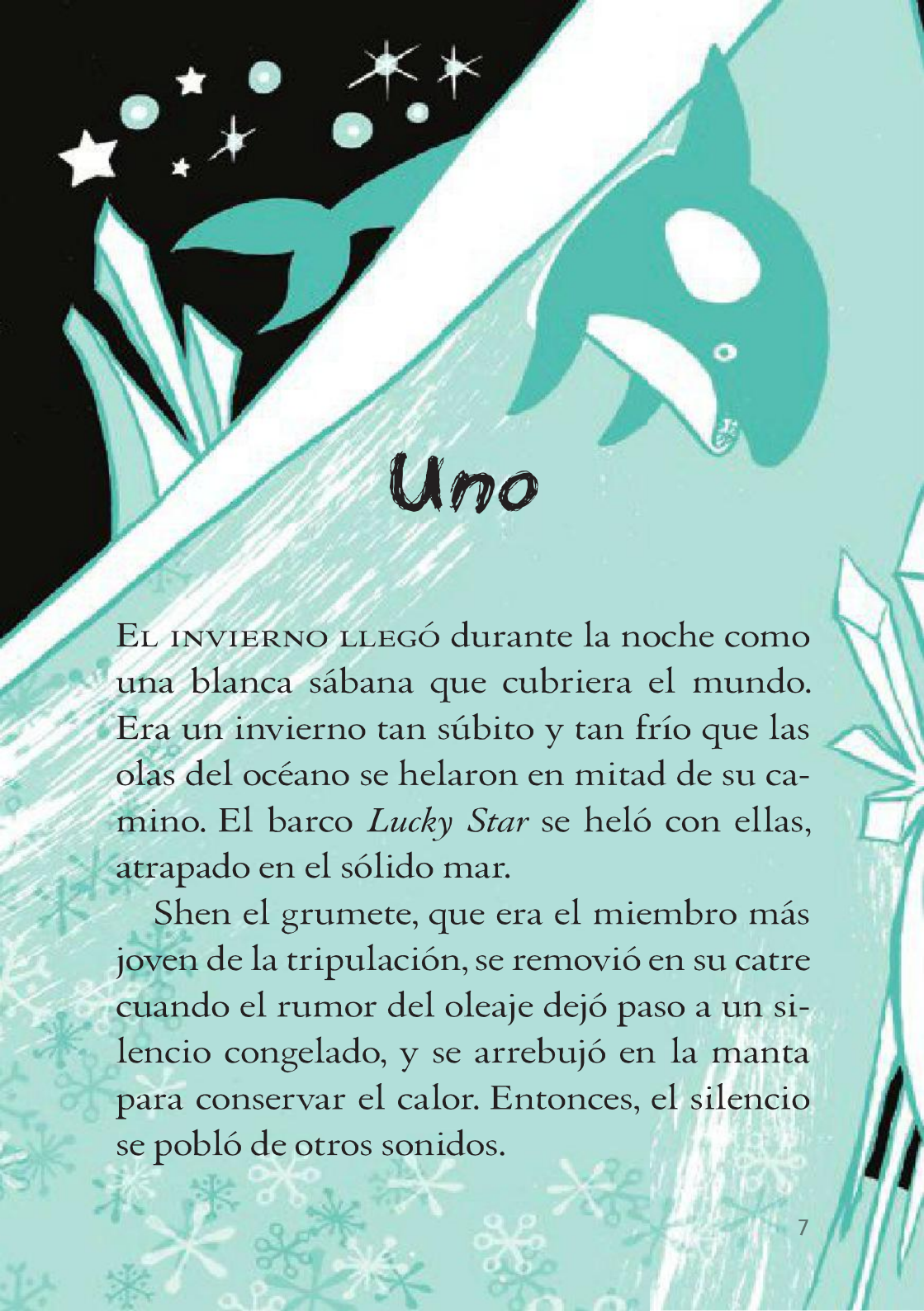
Pugs of the Frozen Norh fue publicado originalmente en inglés en 2015.
La presente traducción se ha publicado por acuerdo
con Oxford University Press.

© del texto: Philip Reeve, 2015
© de las ilustraciones: Sarah McIntyre, 2015
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

PARA
DULCIE
Y LAURENCE





An illustration of an orca leaping from a body of water. The water is depicted with white, jagged, crystalline shapes, suggesting it is frozen or very cold. The orca is shown in mid-leap, with its body arched and its mouth open. The background is a dark blue night sky filled with white stars and small, glowing blue circles. The overall style is whimsical and storybook-like.

Uno

EL INVIERNO LLEGÓ durante la noche como una blanca sábana que cubriera el mundo. Era un invierno tan súbito y tan frío que las olas del océano se helaron en mitad de su camino. El barco *Lucky Star* se heló con ellas, atrapado en el sólido mar.

Shen el grumete, que era el miembro más joven de la tripulación, se removió en su catre cuando el rumor del oleaje dejó paso a un silencio congelado, y se arrebujó en la manta para conservar el calor. Entonces, el silencio se pobló de otros sonidos.



El casco metálico del barco crujió mientras el hielo afianzaba su presa. Luego, de pronto, sonó la fuerte voz del capitán Jeggings:

–¡Todo el mundo a cubierta!

La tripulación entera se levantó frotándose los ojos legañosos: Bo el Buen Marino, el cocinero Brotedesoja y Shen. Los tres salieron tambaleándose y contemplaron asombrados las olas heladas que se alzaban a su alrededor, blancas y tiesas como merengues gigantes.

–¡No os quedéis ahí pasmados! –berreó el capitán Jeggings, que tiraba de una sogas escarchada–. ¡Hay que salir de aquí!

De pronto, la sogas se quebró entre sus manos con un chasquido como de cristal. El *Lucky Star* gimió y se estremeció mientras el hielo estrechaba sus garras en torno al casco.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Shen.

Ninguno de sus compañeros supo contestarle: ni el capitán Jeggings, ni Bo el Buen

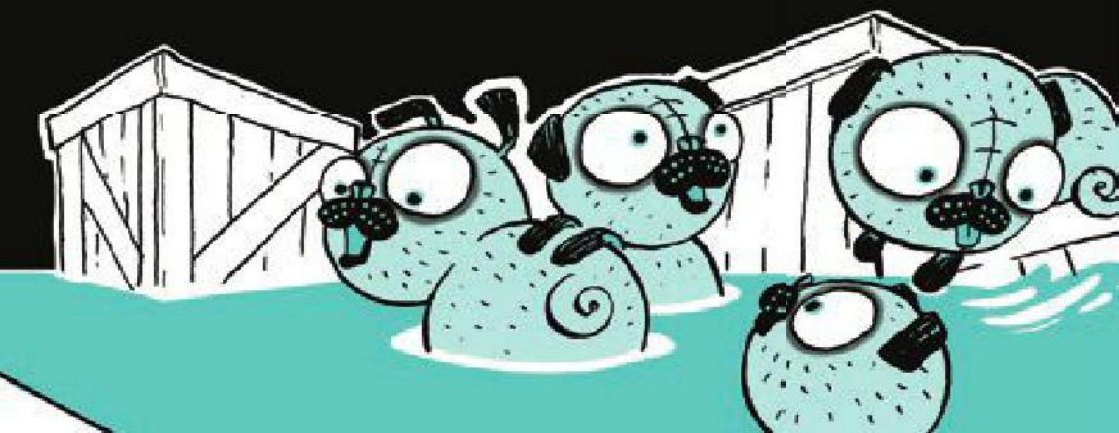


Marino, ni Brotedesoja. Los tres habían capeado tormentas y atravesado cientos de mares, pero jamás habían visto algo así.

Craaaaac... Crunch... Las garras del hielo iban separando las placas del casco y penetraban en el interior del barco. Chaaaf... Glu, glu, glu... El agua fría y negra que aún no se había helado se deslizó en la bodega. El barco se hundió un poco, y los témpanos que colgaban del cordaje tintinearón alegremente. Al capitán Jeggings, sin embargo, no le alegró nada el sonido.

—¡La carga! —gritó—. ¡Hay que salvar la carga!

El *Lucky Star* había navegado todo el verano de puerto en puerto, comprando y vendiendo mercancías: dos mil jerséis bien abrigados de las islas Aran, una moto de nieve de segunda mano... y sesenta y seis perros carlinos



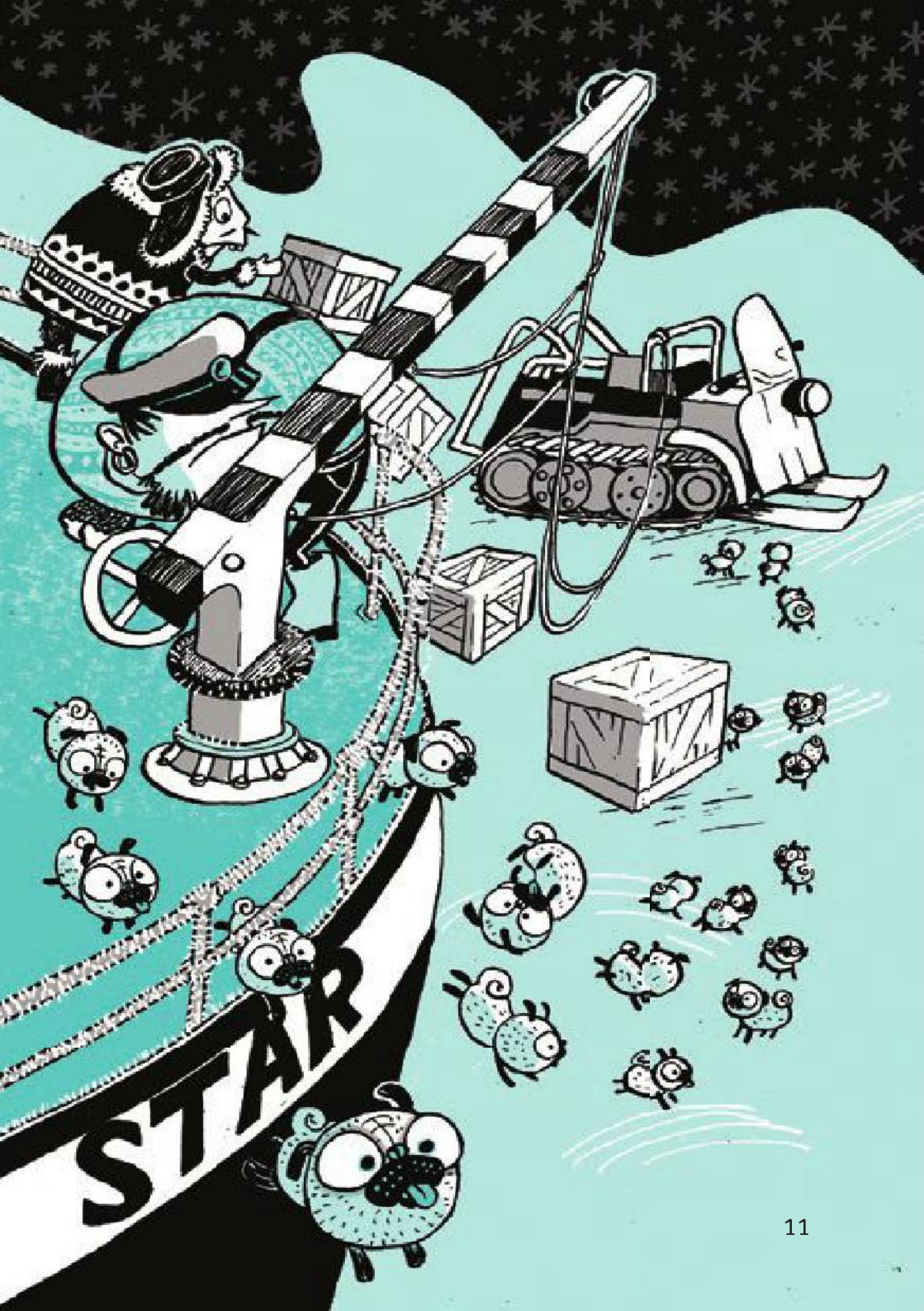


que, según el capitán Puggs, se venderían como churros.

Ahora, encerrados en la bodega y con el agua helada lamiéndoles las zarpas, los minichuchos aullaban desesperados.

—¡Los chuchos! —gritó Shen—. ¡Tenemos que salvar a los chuchos!

Brotedesoja y Bo se abalanzaron por la escalera de la bodega y subieron, tambaleándose bajo el peso de las cajas de jerséis. El capitán Jeggings lanzó la moto por la borda. Shen, mientras, fue volcando las cajas



en las que viajaban los carlinos. Los perrillos subieron como locos a cubierta y saltaron sobre la borda para aterrizar en el hielo.

Shen sabía que las ratas abandonaban los barcos cuando estos naufragaban, pero jamás había oído hablar de minichuchos que escapan de un barco helado. «Nunca te acostarás sin saber una cosa más», pensó mientras arrastraba un saco que contenía las correas de los chuchos y lo arrojaba al hielo.

El *Lucky Star* volvió a estremecerse, estrujado por los colmillos del hielo. Los remaches de la cubierta saltaron como corchos de champán, y la chimenea tembló como un árbol a punto de caer.



—gritó el capitán Jeggings,
y saltó por la borda.

Pero Shen se acababa de acordar de algo.

–¡La comida de los chuchos! –gritó–. ¡Está en la bodega!

–¡Pues déjala ahí! –chilló Bo, saltando del barco junto a Brotedesoja.

Shen les pasó al chucho más menudo, que aún no había bajado, y luego saltó con ellos.

Con un último esfuerzo, el hielo despachurró el viejo barco.

Shen y los chuchos, temblorosos, observaron cómo el capitán Jeggings y los dos marineros preparaban la moto de nieve. El motor carraspeó y gruñó al arrancar. Los marineros apilaron las cajas de mercancía en la parte de atrás... Pero no quedaba sitio para los perros.

–¡No podemos abandonarlos aquí! –se desesperó Shen.

–¡Pues tampoco podemos quedarnos con ellos! –repuso el capitán–. El hielo podría derretirse tan rápido como se ha formado, ¿y qué sería entonces de nosotros? Estaríamos en mitad del mar, sin barco debajo. Resultaría de lo más incómodo...



(Aunque le había dicho a Shen que los perros se venderían como churros, en realidad pensaba venderlos como empanadas: su tía tenía una tienda de empanadas en su ciudad natal, y siempre estaba buscando nuevos ingredientes. Dado que los chuchos eran, con diferencia, lo menos valioso de la carga, el capitán había decidido abandonarlos).

—¡Tal vez nos sigan! —dijo Shen encarándose en la moto de nieve junto a sus tres compañeros—. ¡Vamos, perrillos! —los llamó.

Los chuchos inclinaron la cabeza y lo miraron.

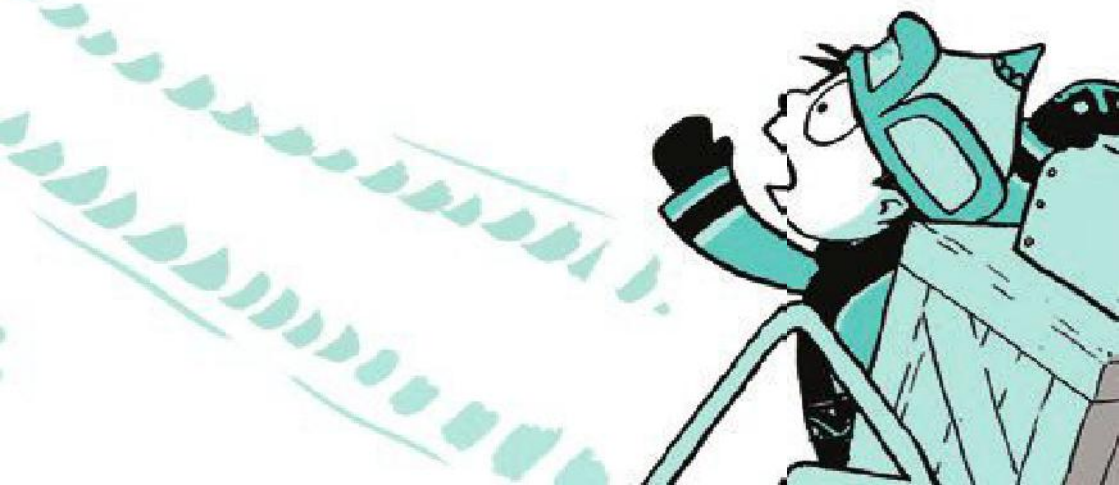


De sus chatos morros brotaban nubecillas de vaho, como si fueran sesenta y seis dragones diminutos.

La moto de nieve se puso en marcha con un rugido. Las cajas apiladas en la parte trasera se tambalearon cuando el vehículo empezó a serpentear entre las olas congeladas.

Los minichuchos, sentados en el hielo, observaron cómo se alejaba.

—¡Vamos, perrillos! —se desgañitó Shen; pero los chuchos no parecían comprenderle.



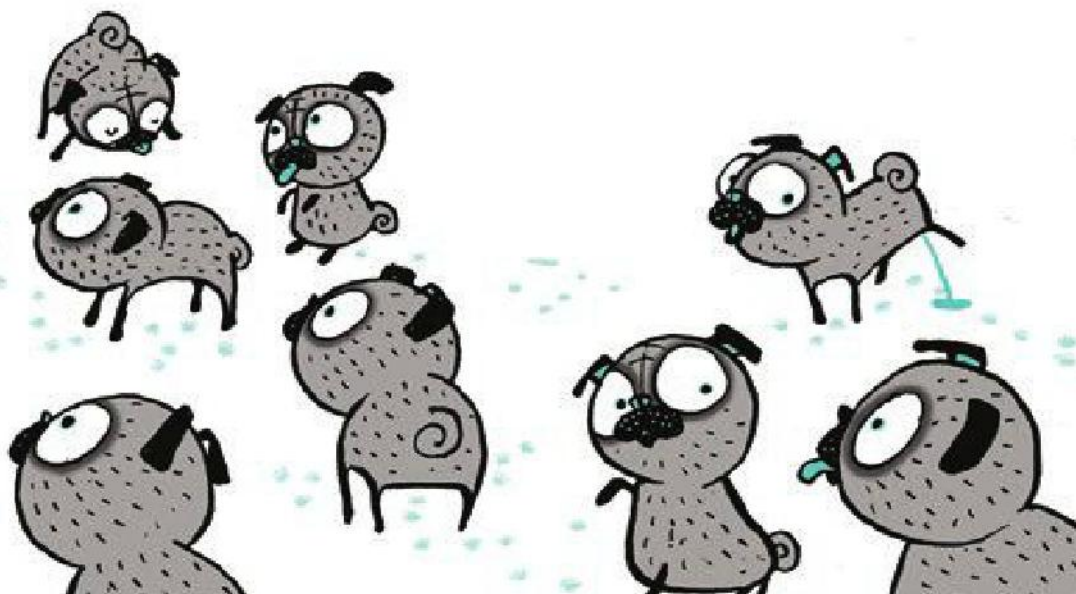




–¡Espéreme, capitán! –exclamó Shen mientras se apeaba de un salto.

Las olas de hielo resbalaban como si fueran de cristal enjabonado. Shen patinó sobre ellas hasta llegar a los perrillos. Cuando lo vieron, salieron a su encuentro meneando la cola.

–¡Vamos, chuchejos! –dijo Shen acariciando sus sesenta y seis suaves cabecitas, mientras lo lamían sus sesenta y seis lengüecillas–. ¡Tenéis que seguir al capitán Jeggings!



Pero, cuando se giró para mirar la moto de nieve, no la vio por ninguna parte. Quizá el capitán no le hubiera oído cuando Shen le pidió que le esperase... o quizá hubiese decidido que no merecía la pena esperar a Shen y a los sesenta y seis carlinos.









Dos

EL RUIDO DE LA MOTO DE NIEVE aún se oía en la distancia como el zumbido de una abeja. Shen empezó a seguirlo, fijándose en las marcas que había dejado la moto en los surcos entre las olas. Los chuchos ya habían comprendido que debían seguirle; pero no estaban acostumbrados a caminar sobre el hielo, y sus zarpas resbalaban en la superficie del mar. Una y otra vez, tropezaban y caían de hocico, o resbalaban despatarrados por las empinadas laderas de las olas heladas.



—¡Así no hay manera! —se desesperó Shen mientras iba de un lado a otro tratando de ayudarlos.

El zumbido de la moto se hacía cada vez más débil, y pronto se desvaneció por completo. Shen continuó tras sus huellas, con los minichuchos correteando tras él. Del cielo empezaron a caer grandes copos de nieve; algunos caían en los hocicos de los perros, haciéndolos estornudar, mientras muchos otros cubrían poco a poco el rastro de la moto.

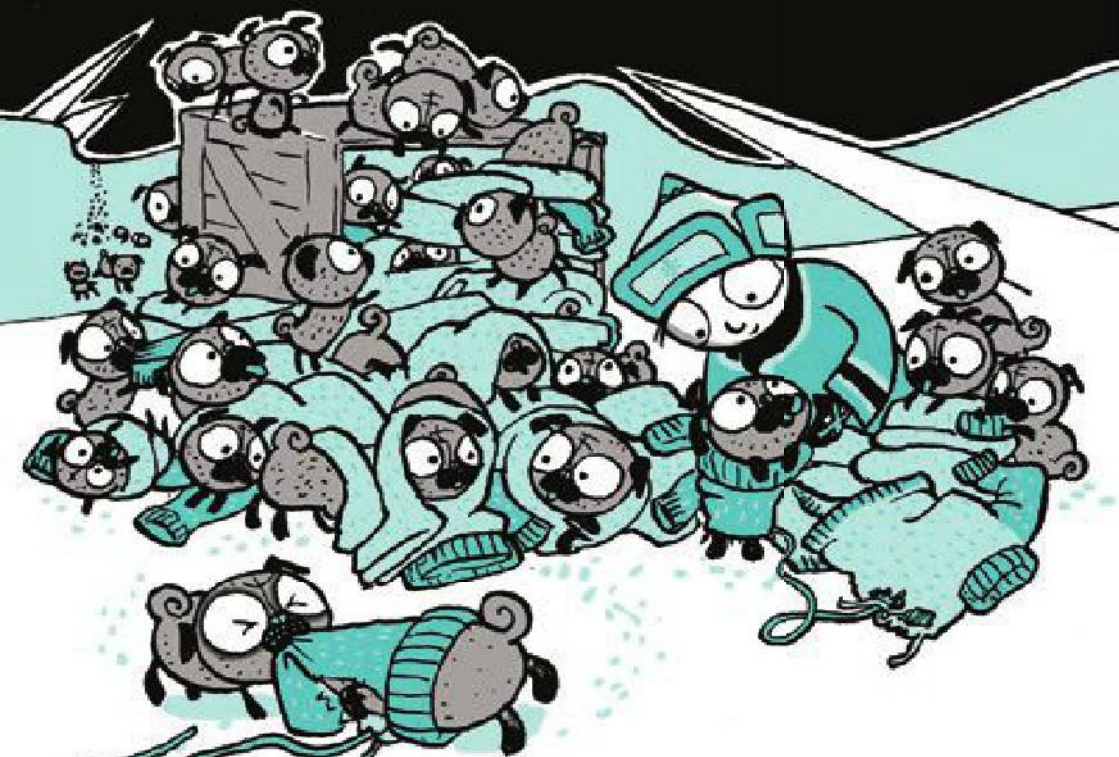
Shen atisbó entre los copos y divisó algo en la lejanía: era una de las cajas que habían cargado poco antes sus compañeros. Se había abierto al caer, derramando un montón de jerseys de lana. Shen supuso que no había caído por accidente: desde que lo encontraron siendo un bebé en el mar de China, flotando sobre un paraguas puesto del revés, Bo y Brotedsoja siempre le habían tratado con cariño. Seguro que habían intentado convencer al capitán Jeggings de que se detuviera, y al no vencerle, habrían tirado la caja con disimulo

para que Shen tuviera al menos algo con lo que abrigarse.

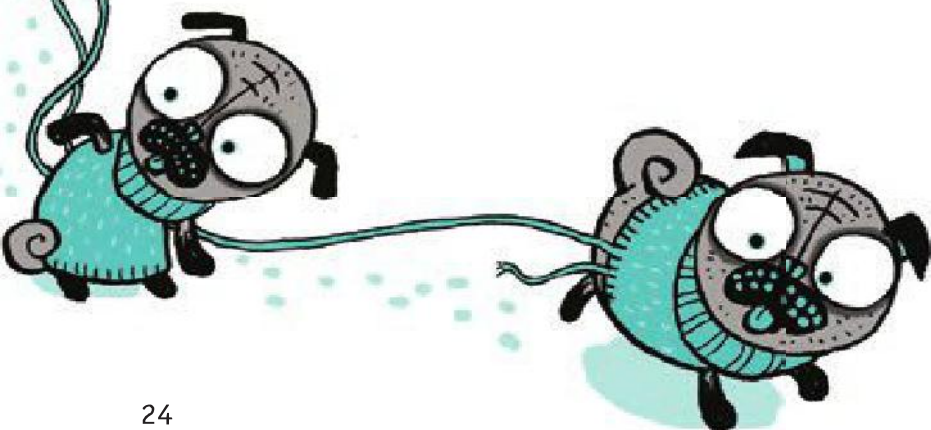
–Gracias, Brotedesoja –murmuró Shen–. Gracias, Bo.

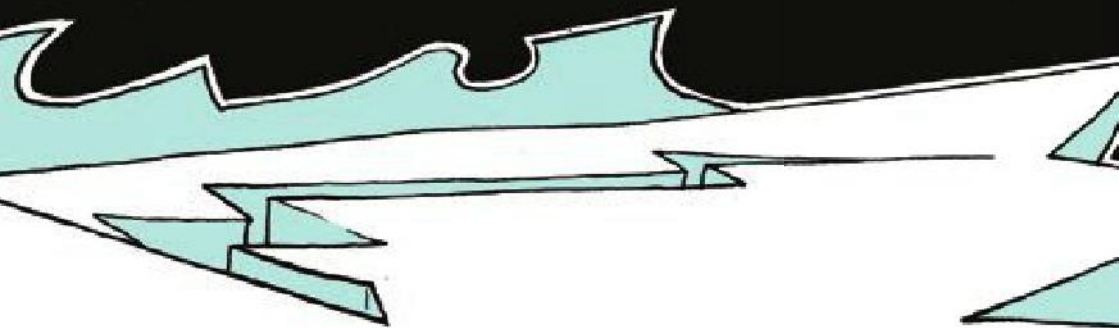
Se puso dos jerséis, uno encima de otro, y miró atrás. Los minichuchos aún lo seguían. Ya no resbalaban tanto como al principio, pero los pobres estaban temblorosos de frío.





Shen sacó su navaja de bolsillo y, rápidamente, cortó las mangas de treinta y tres de los jerséis y les fabricó unos cómodos abriguitos perrunos de lana de Aran.





Mientras enfundaba a los perros en los abrigos, Shen empezó a percibir un nuevo ruido. Grrrrrrrrr... Grrrrrrrrrrrr... Al principio pensó que era la moto, que regresaba para buscarlos; luego empezó a temer que el hielo se estuviera agrietando. De pronto, cayó en la cuenta de lo que era realmente: ¡a los pobres chuchos les rugía la barriga! Claro, por eso avanzaban tan lentamente. No era solo por el frío y el miedo; ¡además, estaban muertos de hambre!

Los perrillos se sentaron, embutidos en sus abrigos nuevos, y contemplaron a Shen con las orejas gachas y los rabos caídos.

Shen se encaramó a lo alto de una ola helada y escrutó el panorama. Una línea de acantilados oscuros se alzaba algo más allá. El capitán Jeggings y los dos marineros no debían de haberla visto, ya que avanzaban entre las olas; los pobres no debían de haber advertido las lucecillas que parpadeaban en lo alto de la escollera.

—¡Esperadme aquí! —les pidió Shen a los minichuchos—. ¡Voy a buscar ayuda!





Extendió varios jerséis en la nieve
y los perrillos se tumbaron encima,
apilándose unos sobre otros para
darse calor.

Shen extendió el resto
de los jerséis encima de
ellos y les dijo que volve-
ría enseguida. Luego, em-
prendió la marcha.







Tres

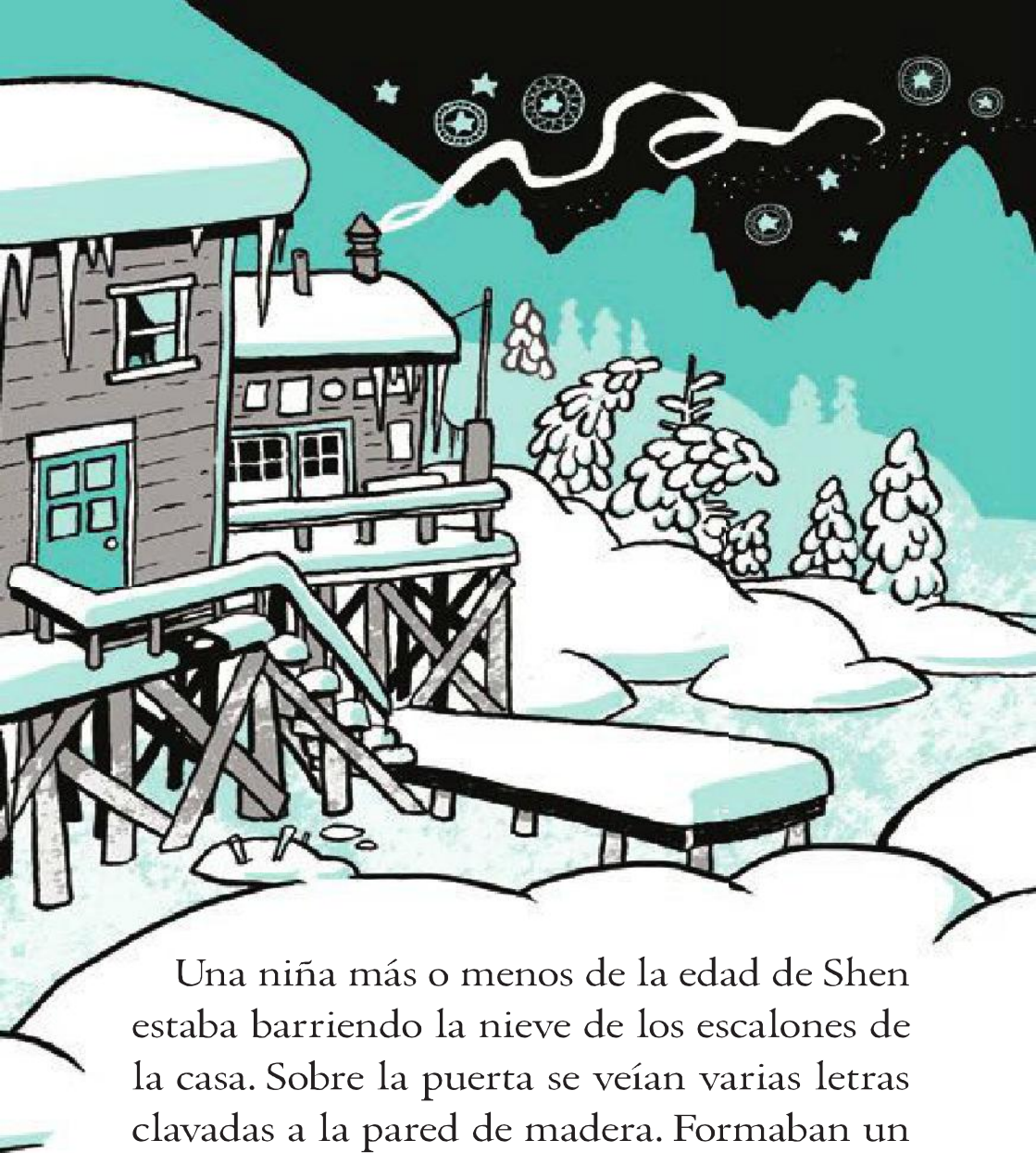
NO ERA FÁCIL caminar por aquel mar de hielo. En algunos sitios, la superficie crujía de modo alarmante, y Shen se veía obligado a retroceder y cambiar la ruta para que el hielo no cediera bajo él. En otros lugares, el hielo era muy sólido y tan transparente como el cristal. Shen apartó la nieve con el brazo y atisbó aquellas frías profundidades en las que habían quedado atrapados decenas de peces. El capitán Jeggings estaba en lo cierto: ¡jamás se había visto un invierno como aquel!



Cuando Shen estaba a punto de llegar a tierra, el sol asomó tímidamente por el borde de aquel mundo congelado y esparció millones de lentejuelas brillantes por la nieve. Sus rayos se abrieron paso por el fiordo que dividía los acantilados y arrojaron largas sombras entre las patas de los palafitos que se alineaban en los bordes. De las chimeneas de lata brotaban hilos de humo, y a Shen le pareció que esas eran las casas más pintorescas y acogedoras que había visto jamás. ¡Debía de ser estupendo vivir en una cabaña con zancos! Sin perder un segundo, echó a correr por la playa escarchada hacia la casita más cercana.







Una niña más o menos de la edad de Shen estaba barriendo la nieve de los escalones de la casa. Sobre la puerta se veían varias letras clavadas a la pared de madera. Formaban un mensaje misterioso:

CORRE Y DA



–¿Por qué hay que correr? ¿Y qué tengo que dar? –preguntó Shen.

La niña levantó la cabeza. Tenía la cara redonda, y sus mejillas estaban coloradas por el esfuerzo de barrer.

–Tendría que poner CORREOS Y TIENDA, pero el viento se llevó varias letras –respondió, dejando la escoba a un lado y ofreciéndole a Shen su manita enguantada–. Me llamo Sika. ¿Y tú?

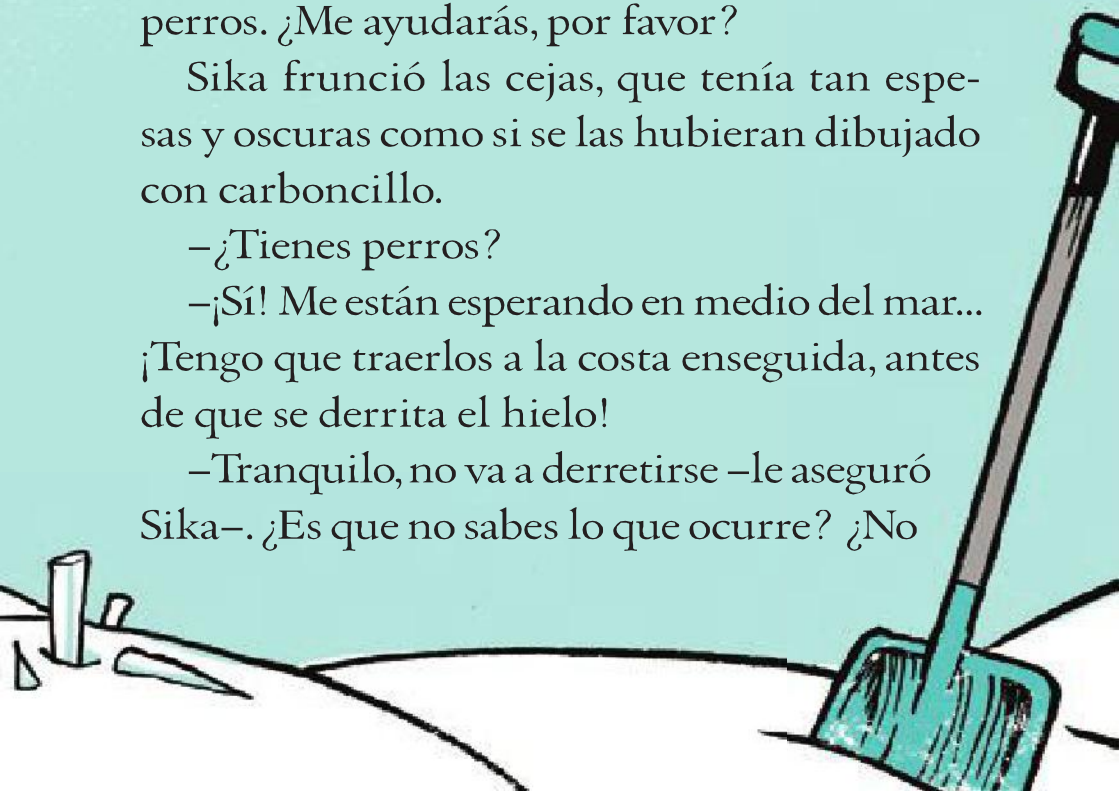
–Yo me llamo Shen –contestó él–. Mi barco ha naufragado... Necesito ayuda y comida para perros. ¿Me ayudarás, por favor?

Sika frunció las cejas, que tenía tan espesas y oscuras como si se las hubieran dibujado con carboncillo.

–¿Tienes perros?

–¡Sí! Me están esperando en medio del mar... ¡Tengo que traerlos a la costa enseguida, antes de que se derrita el hielo!

–Tranquilo, no va a derretirse –le aseguró Sika–. ¿Es que no sabes lo que ocurre? ¿No



viste lo rápido que vino el frío? Este no es un invierno normal, sino un invierno mágico. Un invierno de los que ocurren solo una vez en la vida. Mi abuelo me ha hablado mucho de estos inviernos, y sé que el hielo no se derretirá hasta la primavera. Pero hágame de tus perros, anda. ¿Cuántos tienes?

–Sesenta y seis –dijo Shen.

–¡Sesenta y seis!

–Exacto. Y lo malo es que van a necesitar bastante comida, pero no tengo dinero...

Sika lo miraba fijamente, con los ojos tan resplandecientes como la nieve iluminada por el sol del amanecer.

–¡No te preocupes por eso! Si te doy comida para ellos, ¿podré quedarme con algunos a cambio?

Shen se encogió de hombros: ni siquiera se había parado a pensar qué haría con sesenta y seis perrillos, pero suponía que no podría quedárselos. Al menos, no todos... Y aquel sitio parecía un buen hogar para una manada de chuchejos.



–Vale –accedió.

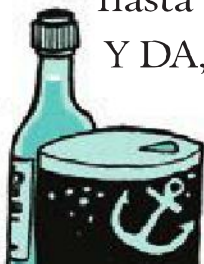
Sika se dio la vuelta y entró a toda prisa en CORRE Y DA. Cuando abrió la puerta, Shen pudo ver el interior de la casita, acogedora y llena de cosas. Había estantes con latas de conserva y herramientas, y algunos barriles con letreros como GACHAS o MELAZA. Para ser una oficina de correos y tienda al mismo tiempo, CORRE Y DA no parecía un establecimiento muy frecuentado.

–¡Abuelo! –oyó que gritaba Sika–. ¡Voy a ayudar a un chico que ha naufragado! ¡Tiene perros y nos va a regalar unos cuantos!

Unos segundos más tarde, Sika salió dando un portazo. Acarreaba un saco casi tan grande como ella, con un letrero que ponía PIENSO PARA PERROS.

–¡Vamos! –exclamó–. Usaremos el trineo de mi abuelo para llegar a tu campamento.

Shen la ayudó a llevar el saco hasta la parte trasera de CORRE Y DA, donde había un cobertizo.



Sika abrió la puerta con el pie y, a la pálida luz del sol, Shen distinguió un bulto extraño. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra del cobertizo, se dio cuenta de que era un magnífico trineo, montado sobre dos esquís de hueso de ballena.

—¡Es el trineo más chulo que he visto en mi vida! —exclamó.

—Mi abuelo lo construyó cuando era un chaval —le explicó Sika—. Pero ya no tenemos perros que tiren de él... ¡Por eso me he puesto tan contenta de que aparecieras! Y has llegado justo a tiempo... ¡El primer día del Invierno de Verdad!

Shen la miró extrañado. ¿Qué querría decir eso?



–Pero, si no tienes perros que tiren de él –dijo–, ¿cómo vamos a llevarlo hasta mi campamento?

Sika enarcó las cejas, como si no se pudiera creer que aquel chico fuera tan espeso.

–Empujándolo, claro.







Cuatro

LOS DOS CHICOS empujaron trabajosamente el trineo por la ladera de la colina que se alzaba detrás de CORRE Y DA, jadeantes y sudorosos a pesar del frío. Sika tuvo que quitarse la manoplas y el gorro, y su pelo pronto quedó salpicado de copos de nieve.

Al llegar a la cima de la colina, Shen decidió que había valido la pena. Desde allí se distinguía incluso a los chuchos: formaban un montón cubierto de jerséis, como si alguien hubiese montado una tienda de campaña hecha de lana en mitad del hielo.



Los dos se montaron en el trineo, con el saco de pienso en medio, y Sika lo puso en marcha de un empujón. El trineo resbaló a toda velocidad por la ladera, levantando grandes nubes de nieve pulverizada cada vez que Sika lo hacía girar para evitar las rocas y arbustos helados que acechaban en el camino.

–¡Yupiiii! –gritó Sika.

–¡Uaaaah! –chilló Shen.



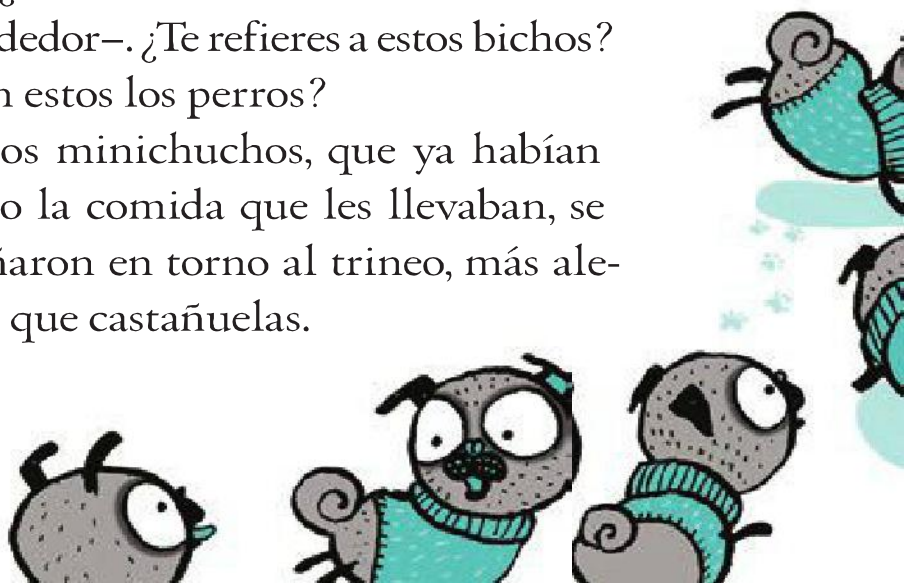
El acantilado estaba cada vez más cerca. Pero Sika, que conocía bien aquel promontorio, había dirigido el trineo hacia un lugar practicable: se trataba de un punto en el que los peñascos bajaban hasta formar una especie de escalón de piedra, que el trineo salvó sin dificultad para aterrizar en la superficie helada del mar. Luego, el impulso de la bajada lo llevó resbalando entre las duras olas casi hasta el campamento.

Los minichuchos los habían oído llegar. Sesenta y seis bultitos saltaron de debajo de la lana y se dirigieron hacia ellos meneando la cola.

—¡Aquí están los perros! —dijo Shen.

—¿Dónde? —se extrañó Sika mirando alrededor—. ¿Te refieres a estos bichos? ¿Son estos los perros?

Los minichuchos, que ya habían olido la comida que les llevaban, se apiñaron en torno al trineo, más alegres que castañuelas.



Shen abrió el saco y empezó a sacar puñados de pienso. Muy pronto, los ladridos fueron reemplazados por crujidos.



Shen observó a los perrillos con satisfacción, y luego volvió la mirada. Sika estaba sentada en el trineo. Se cubría la cara con las manos y parecía estar llorando.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Shen, perplejo.

–¡Bujúuu! –sollozó Sika. Por su cara resbaban lágrimas que caían barbilla abajo, se helaban antes de llegar al suelo y se estrellaban contra el suelo con leves tintineos–. ¡Bujúuu! ¡Cuando dijiste que tenías sesenta y seis perros, creí que eran perros de los buenos!

–¡Eh, que estos son buenísimos! –protestó Shen

–¡No! ¡Yo quería perros de los que pueden tirar de un trineo!

–Ah... –murmuró Shen.

Claro: por eso Sika le había pedido algunos. Contempló el enorme trineo; para tirar de aquello hacía falta un tiro de huskies, no una manada de carlinos.

–¡Pensé que mi abuelo podría participar en la carrera! –sollozó Sika–. Y ahora, tendré que volver a casa y decirle que es imposible...

–¿Qué carrera? –preguntó Shen.

–La Gran Carrera del Norte –respondió Sika tristemente–. Cuando llega un Invierno

de Verdad, el Polo Norte se llena de participantes. Hay que cruzar los bosques nocturnos y el mar helado hasta llegar al palacio de Papá Nieve, allá en la cima del mundo.

Shen se rascó la cabeza, recordando las cartas de navegación que había visto en el *Lucky Star*. En ellas, el Polo Norte no era más que una mancha blanca en el papel, tan grande y vacía que, al verla, siempre le entraban ganas de sacar un lápiz y garabatear algo encima.

–En la cima del mundo no hay ningún palacio –dijo.

–Solo aparece durante los Inviernos de Verdad –explicó Sika–. Allí es donde vive Papá Nieve, y concede un deseo al primero que alcance su morada.

Sika suspiró antes de continuar:



—Mi abuelo estuvo a punto de conseguirlo una vez, cuando no era mucho mayor que yo. ¡Si oyeras las historias que cuenta! Desde entonces se ha pasado la vida esperando a que llegue otro Invierno de Verdad. Pasó años cuidando de su trineo y criando al mejor tiro de perros de todo el helado norte. Pero el Invierno de Verdad solo ocurre una vez en la vida... Los perros se hicieron viejos y se murieron, y mi abuelo también envejeció y pronto se morirá. Y ahora por fin ha llegado otro Invierno de Verdad, y cuando dijiste que tenías perros, yo pensé que eran de los buenos y creí que mi abuelo podría participar en la carrera



a pesar de todo, y que yo podría ir con él al Polo Norte para ver a Papá Nieve. Y ahora resulta que tus perros son de juguete...

—¡Eh, de eso nada! —se indignó Shen—. Solo porque sean pequeños no dejan de ser fuertes, leales y valientes. Y además, tengo correas para engancharlos a todos. ¡Seguro que podrían llevaros a tu abuelo y a ti al Polo Norte como si nada!

Sika lo miró con expresión escéptica, así que Shen fue corriendo a por el saco de las correas, que seguía en el lugar donde se había hundido el *Lucky Star*. Luego, regresó a toda prisa y fue engancho los jerséis de los perros con las correas y atando el otro extremo al trineo (llevaba toda la vida en un barco, así que se le daba muy bien hacer nudos).

Los perros, contagiados por su entusiasmo, empezaron a ladrar alegremente y a brincar tironeando de las ataduras.



Ya había diez amarrados, pero el trineo no se movía ni un centímetro. Veinte..., y nada. El trineo ni siquiera tembló cuando ya había treinta minichuchos atados.

—¿Lo ves? —dijo Sika—. Estos chuchejos no son perros de tiro. Es imposible...



Pero cuando Shen llegó al perro número cuarenta, el trineo se estremeció y se deslizó un par de centímetros. Cuando ya había cincuenta chuchos, el trineo empezó a resbalar más rápido. Y cuando los sesenta y seis estuvieron en sus puestos, Sika gritó:

—¡Vamos, perrillos! ¡Vamos!

Y el trineo salió disparado hacia delante como si tirase de él una manada de huskies.

Sika y Shen se deslizaron a toda velocidad entre las olas heladas, rodeados de polvo de nieve.

Los carlinos ya empezaban a acostumbrarse a correr sobre el hielo; aunque al principio tropezaban y se enredaban unos con otros, pronto encontraron su lugar, y a la sexta vuelta alrededor del montón de jerséis, el trineo avanzaba a toda marcha.

Sika miró a Shen con una sonrisa de oreja a oreja.

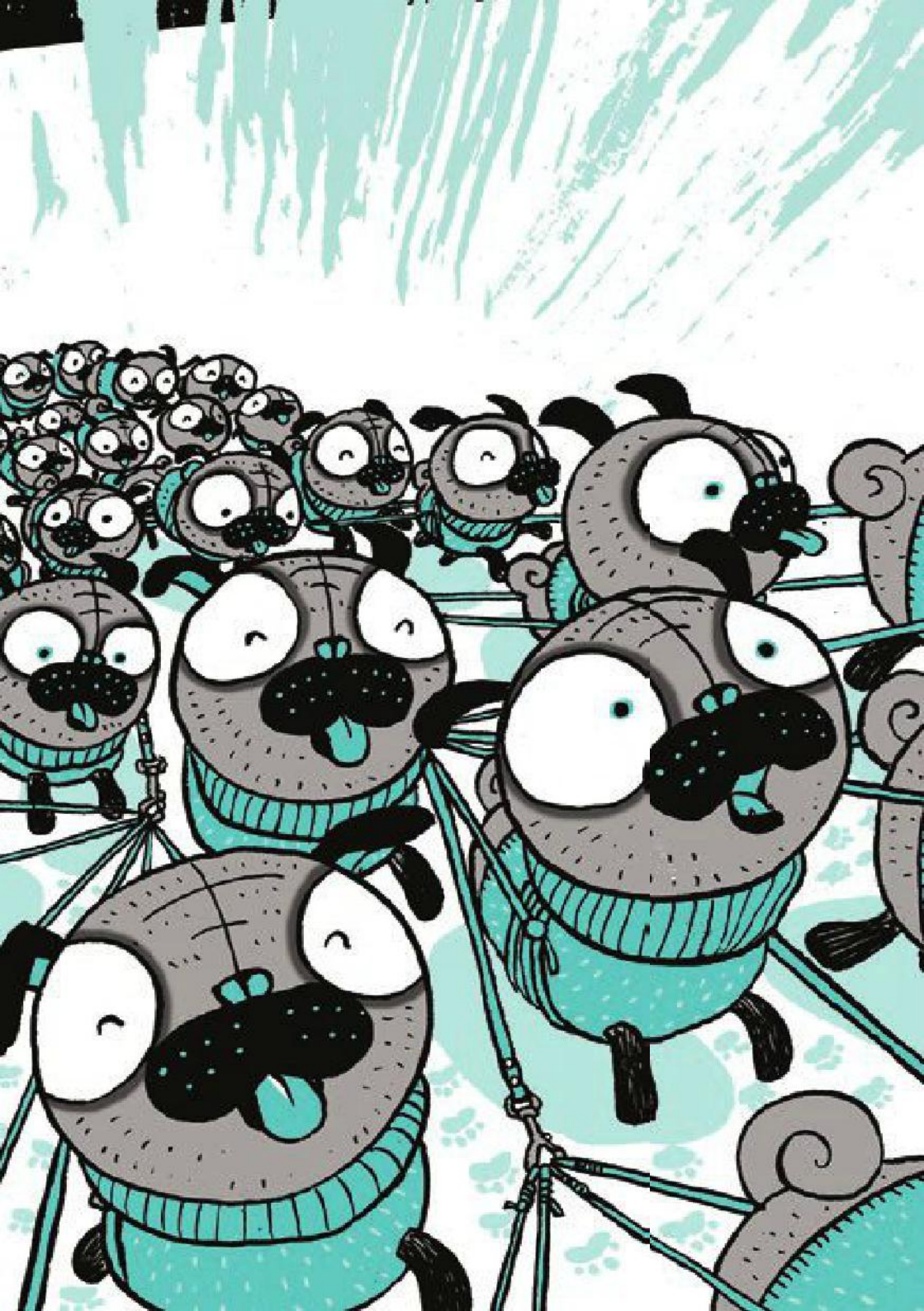
—¡Este es el mejor tiro de perros que he visto jamás! —exclamó—. ¿De verdad puedo llevarme tus minichuchos al Polo Norte?

Shen dudó; lo cierto es que no había pensado regalarle todos los perrillos. Los iba a echar mucho de menos... Pero Sika los había salvado y no quería verla llorar otra vez, de modo que accedió.

—¡Espera a que se lo diga a mi abuelo! —exclamó ella alborozada, haciendo restallar una correa que había sobrado sobre las cabecitas de los chuchos.



Doscientas sesenta y cuatro patitas golpearon el hielo con entusiasmo, sesenta y seis hocicos se abrieron para aullar alegremente, y el trineo se dirigió veloz hacia tierra firme.







Cinco

DESPUÉS DE ACOMODAR a los chuchos en el cobertizo del trineo, Shen siguió a Sika hasta la casa. El interior de CORRE Y DA era calentito y confortable gracias al calor de una gran cocina de leña. Sobre ella, una mujer calentaba leche en una cazuela. Tenía las mismas cejas oscuras que Sika y sonreía igual que ella.

—¡Sika, debes de estar aterida! —exclamó—. ¿Conseguiste los perros?

—¡Sí, mamá! —respondió Sika.

—Y este debe de ser tu amigo el náufrago —añadió la madre—. Pobrecillo... ¿Podemos llamar a alguien para que venga a por ti?

—Pues la verdad es que no —contestó Shen.

—Bueno —repuso la madre de Sika—, por lo pronto, os haré el desayuno a los dos.







Sika le indicó a Shen que la siguiera. Detrás del mostrador había una estancia con una enorme cama de madera labrada. En ella, bajo una pila de mantas de lana y piel, descansaba un enorme hombretón.

Era tan grande que, al principio, Shen dudó de que fuera un hombre de verdad; bajo todas aquellas mantas, parecía más bien un viejo barco varado en la costa para pasar el invierno. Entonces vio su carota barbuda sobre los almohadones, y se dio cuenta de que el rugido que se oía eran sus ronquidos.

—Este es mi abuelo —susurró Sika.

El rostro del anciano estaba gris y tan arrugado por el tiempo como un peñasco. Shen recordó lo que le había dicho Sika —que su abuelo estaba a punto de morir— y se preguntó si ese sería el momento.

Pero entonces, bajo una de las pobladas cejas, se abrió un ojillo que se clavó en Shen.



–Abuelo, te presento a Shen –dijo Sika–. Ha naufragado ¡y tiene perros! ¡Podremos participar en la carrera!

–Ajá –repuso el anciano–. De modo que Sika te ha hablado de la carrera, ¿eh?

–Algo me ha dicho –respondió Shen.

–No siempre fue una carrera –explicó el abuelo de Sika con su retumbante vozarrón–. Allá en los viejos tiempos, nadie sabía de la existencia de Papá Nieve ni de su palacio de témpanos. Y entonces, en un Invierno de Verdad, una valiente muchacha llamada Ooka se puso sus esquís y salió a explorar. A lo largo de su camino pisó cincuenta tipos de nieve y cruzó la Sima del Kraken, aunque el monstruo estaba dormido y no la molestó. Y así llegó hasta la cima del mundo, y cuando la alcanzó, el viejo Papá Nieve la estaba esperando para concederle un deseo.

En ese momento, la madre de Sika apareció con lo que Shen más deseaba en ese momento: una taza de chocolate caliente y un gofre con miel. El abuelo prosiguió su historia.

—La historia de Ooka se extendió como la espuma. Así que, cuando muchos años después llegó un nuevo Invierno de Verdad y el mar se convirtió en hielo, todos los valientes del norte fueron a ver a Papá Nieve para pedirle un deseo. «Oh, no», dijo él. «¡No os imagináis el trabajo que cuesta hacer realidad los deseos! Solo se cumplirá el del primero que llegue». De modo que los demás regresaron a sus casas con tres palmos de narices.

»A partir de entonces, cada vez que caía un Invierno de Verdad, la gente se peleaba con uñas y dientes por llegar los primeros. «¡Esto no puede ser!», se indignó Papá Nieve al ver la sangre que teñía el suelo frente a las puertas de su palacio. «¡Tenemos que poner unas normas para que la competición sea limpia! Todos debéis comenzar a la vez, y quien posea el trineo más veloz ganará».

»Y por eso, desde entonces, todos los que desean competir deben partir a la vez desde Nievegrado. Allí acudí yo el año en que participé...



El viento arreció fuera, y su silbido debió de sonarle al anciano como el roce de los trineos corriendo sobre la nieve. Cerró los ojos y sonrió, imaginando que su cama era un trineo que lo llevaba hacia el norte.

–¡Cuéntanos más cosas, abuelo! –le pidió Sika–. ¡Háblanos de la Sima del Kraken y de Ánimo Perdido!

El anciano meneó la cabeza.

–Ya no recuerdo esas historias –murmuró–. Ocurrieron hace tanto tiempo... El Invierno de Verdad solo ocurre una vez en la vida, y este es mi segundo; eso quiere decir que mi vida está llegando a su fin. Me gustaría ver de nuevo a Papá Nieve, pero ya soy demasiado viejo para viajar hasta allí. Mis días se terminan...

–Ay, abuelo –gimió Sika, y Shen temió que se echase a llorar otra vez–. ¡Nosotros podemos llevarte! Has esperado tanto tiempo...

–No puede ser, Sika –respondió él–. Pero tú sí deberías ir.



–¿Yo? –se asombró ella.

–¿Sola? –se preocupó su madre.

–¡Yo iré contigo! –exclamó Shen.

Al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer, ahora que el *Lucky Star* se había hundido y el capitán Jeggings lo había abandonado.

–Muy bien –aprobó el abuelo–. ¡Id los dos! No podéis perderos una oportunidad como esta: sois jóvenes y osados, y las figuras labradas en mi trineo alejarán de vosotros a los trolls, los asustanieves y las demás criaturas que vagan por las estepas de los Inviernos de Verdad. Y cuando veáis a Papá Nieve, saludadle de mi parte.

–Haré algo mejor que eso –replicó Sika–. Le pediré que te cure. Así recordarás todas tus historias, ¡y hasta puede que vivas para ver tu tercer Invierno de Verdad!

–¿Un viaje tan largo, con solo esos perrillos para tirar del trineo? –preguntó la madre de Sika con aire dudoso. Pero ella, como Sika, llevaba toda la vida oyendo hablar al abuelo de la Gran Carrera del Norte; si no hubiera

tenido que quedarse para cuidar de él, también habría subido al trineo de un salto.

De pronto, fuera sonó una ráfaga de aplausos estruendosos: sobre las colinas heladas habían empezado a estallar fuegos artificiales.

—¡Ya comienzan a reunirse los participantes en la carrera, allá en Nievegrado! —exclamó Sika.

El abuelo extendió los brazos y agarró las manos de Shen y de Sika.

—Buena suerte —susurró—. Y ahora, ¡marchaos! ¡La carrera empezará muy pronto!





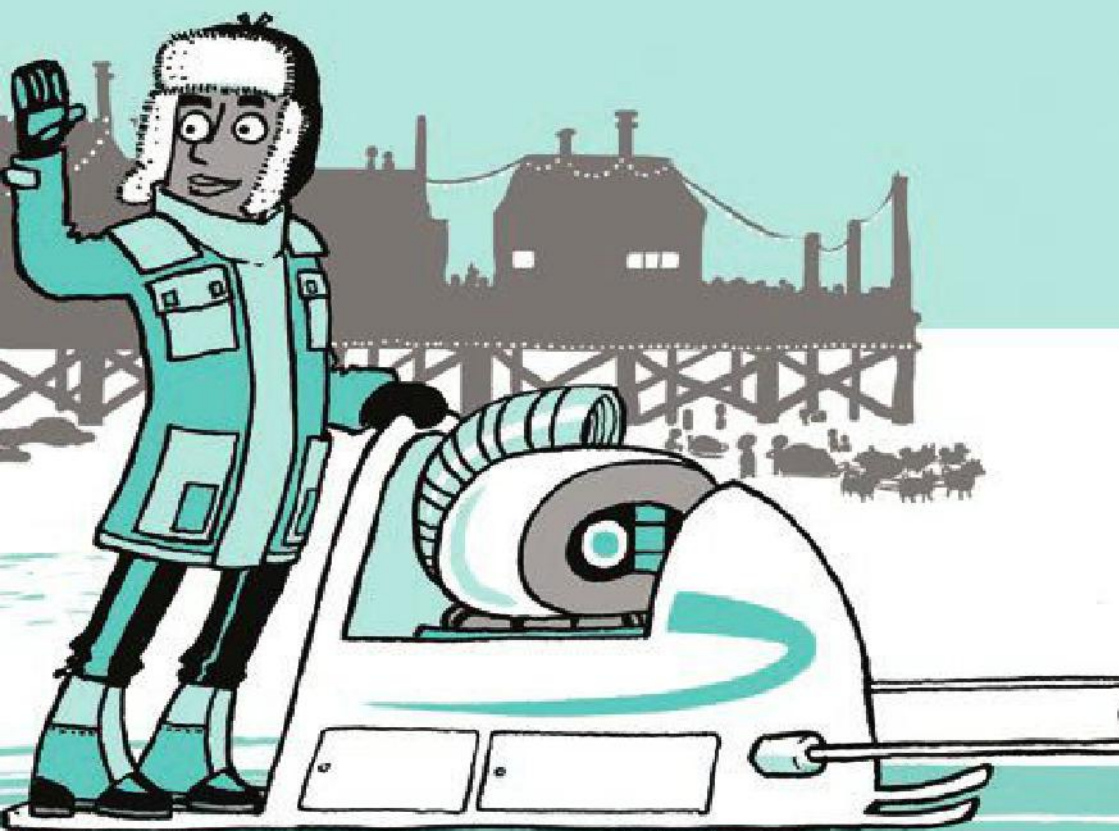


Seis

LAS CASAS DE NIEVEGRADO, como las de CORRE Y DA, se alzaban sobre zancos, alineadas en los bordes de un largo fiordo. Pero, a diferencia del pueblecito de Sika, Nievegrado era un lugar concurrido y bullicioso. Todos sus habitantes estaban asomados a los balcones para ver cómo los aventureros que querían participar en la carrera entraban en su fiordo con sus trineos. Había participantes de todos los puntos del norte.

Al fin y al cabo, el Invierno de Verdad no había llegado de improviso para la gente que sabía cuáles eran sus señales. Muchas personas esperaban con impaciencia desde hacía años ver el primer copo de nieve mágica. Llevaban semanas preparándose, y ahora que el hielo se había apoderado del norte, estaban listos para competir.

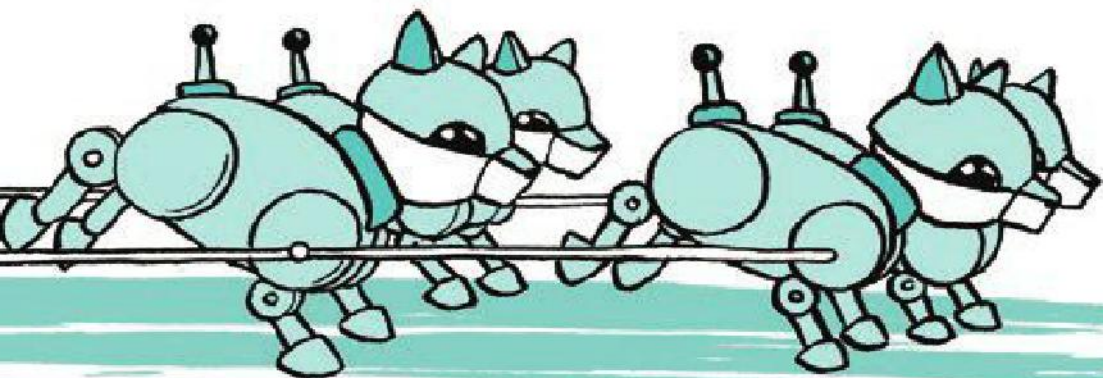
El profesor Shackleton Jones, del Instituto de Tecnología de Villalapa, había previsto la



llegada del invierno por el agitado baile de la aurora boreal, que hacía tintinear sus detectores de partículas.

Jones estaba decidido a llegar el primero a la cima del mundo usando el poder de la ciencia. Él y su acompañante, el robot de compañía NIEBOT, se deslizaron por la calle principal de Nievegrado en un trineo de fibra de carbón tan fuerte y ligero como una ráfaga de viento.

En una isla solitaria, no muy lejos de Nievegrado, Helga Hammerfest previó la gran helada por la forma en que volaban los gansos y la manera en que las arañas tejían sus redes. Sin perder un instante, sacó su trineo y enganchó su tiro... que no era una manada de perros, sino una pareja de osos polares llamados Copito y Granizado.



Helga era la favorita de la gente del lugar, que la recibió con una gran ovación cuando sus osos caminaron pesadamente hasta la línea de salida.

Sir Basil Cowl de Bruselas se había enterado de la llegada del hielo por Menaje, su mayordomo, que llevaba meses pendiente de los pronósticos del tiempo.





Diez minutos después del aviso, los dos estaban en el aeropuerto, cargando un trineo y un tiro de perros de pura raza en la bodega de un avión. El anterior Invierno de Verdad, el padre de sir Basil había sido el primero en llegar a la cima del mundo. Papá Nieve lo había recibido y le había concedido su deseo: ser absurdamente rico. El padre de sir Basil había regresado a Inglaterra cargado de rubíes, zafiros y diamantes, pero sir Basil se había gastado todas sus riquezas.

—Si no llegamos al Polo antes que toda esta chusma, Menaje —dijo mientras se acercaban a la línea de salida—, tendré que vender mi ancestral mansión. De modo que me propongo triunfar, aunque para ello tenga que hacer trampas como un vulgar plebeyo.



—Como usted diga, sir Basil —respondió Menaje tristemente, sujetando su sombrero hongo y deseando haber llevado ropa interior más calentita—. No obstante, espero que no sea necesario hacer trampas.

Pero sir Basil no lo escuchaba.

—¡Oh, cielos! —exclamó al ver el trineo que se detenía junto al suyo.

Su conductora no era otra que Mitzi Von Primor, la más glamurosa de todos los contendientes. Sus pobres huskies caminaban con la cola gacha, avergonzados por el corte de pelo y el tinte rosa que Mitzi les había aplicado para que hicieran juego con su elegante traje de nieve.



Pero aquellos cuatro trineos no eran los únicos que participaban en la carrera. Había docenas más: trineos a la última con GPS y calefacción, antiquísimos trineos de madera y hueso, uno de papel realizado por un maestro japonés del origami, otro hinchable que anunciaba la marca DFK de palas recogecacas de perro... Incluso había uno tripulado por dos señoras disfrazadas de cebra que querían recaudar dinero para una ONG. Los organizadores tardaron un rato en organizarlos a todos a lo largo de la línea de salida. Los perros, nerviosos, ladraban, gemían, aullaban y se olisqueaban los traseros. Los responsables de la carrera, aún más nerviosos, iban de un lado a otro, comprobando que nadie hacía trampas y que ningún perro (u oso polar) asomaba el hocico más allá de la línea...

Ya estaban organizados todos los participantes. La jueza de la carrera vació de nieve el cañón de su pistola, y se disponía a dar el pistoletazo de salida cuando el público que había al final del fiordo empezó a gritar.

–¡Eh, un momento! ¡Que llega otro! –decían.

Los recién llegados se acercaron a la salida y la gente los saludó con una oleada de aplausos.

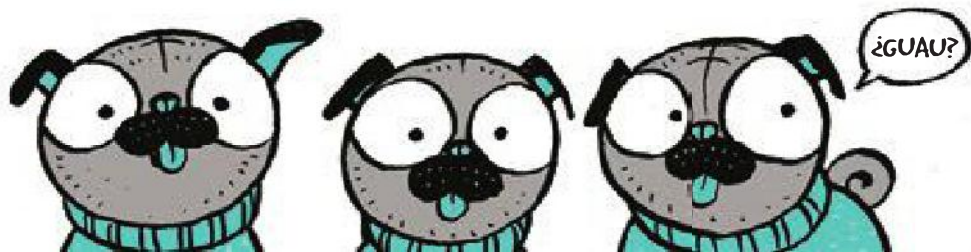
–Parece la pequeña Sika, montada en el trineo de su abuelo –dijo la jueza de la carrera mientras raspaba el hielo de las lentes de sus prismáticos–. ¿Pero qué son esos bichejos lanudos que tiran de él?

–Parecen sesenta y seis minichuchos –respondió su ayudante.

–¿Minichuchos? –se asombró la jueza.

–¿Minichuchos? –exclamaron los demás participantes, girándose para mirar cómo Sika colocaba el viejo trineo entre el de sir Basil y el de Mitzi Von Primor, mientras Shen guiaba con las riendas a los impacientes perrillos.

–¡Cielo santo! –gritó sir Basil, mientras la ayudante se acercaba patinando para apuntar a los recién llegados–. ¡Sesenta y seis perros! ¡Eso contraviene las normas!



–Y además llevan jerséis de lana –señaló Mitzi–. No creo que eso esté permitido.

–Bueno, querida –dijo Helga Hammerfest, que estaba junto a ella–, tus huskies están teñidos de rosa y llenos de lacitos. No creo que eso figure entre las normas de la carrera...

(Mitzi se ruborizó, y sus pobres chuchos agacharon la cabeza avergonzados).

–Por otra parte, Shackleton Jones lleva un tiro de perros robot –añadió Helga.

–Son Lobotrones 2000, mi última invención –repuso el científico con orgullo.

–Y además, esos sesenta y seis perrillos son diez veces más pequeños que los suyos, sir Basil –remachó Helga–. Y usted lleva ocho, con lo que, proporcionalmente, su tiro es mayor que el de estos dos jovencitos. ¿Qué le ocurre? ¿Teme que su moderno trineo no esté a la altura de esa antigualla?

–¡Por supuesto que no! –protestó sir Basil.

Pero no lo dijo muy alto, porque Helga era bastante más alta que él y el doble de ancha, lo que le quitaba las ganas de discutir con ella

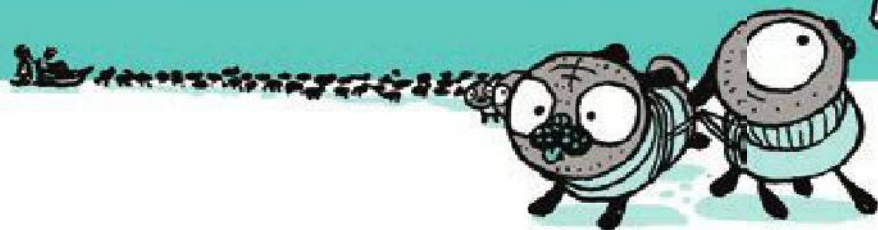
(por no hablar de las miradas que le estaban echando sus dos osos polares).

Así pues, la jueza de la carrera apuntó los nombres de Sika y Shen en su cuaderno y se montó en un pequeño globo aerostático para elevarse sobre la línea de salida.

Shen y Sika habían tenido que salir a toda prisa de CORRE Y DA, tras cargar el trineo de comida para ellos y para los chuchos, y habían pasado todo el camino temiendo que no llegarían a tiempo. Ahora, Sika se volvió hacia Shen con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Lo conseguimos!

Shen no era tan optimista como ella; habían entrado en la carrera, pero eso era solo el comienzo. ¿Cómo iban a llegar antes que aquellos trineos tan veloces, tirados por perrazos bien entrenados?



Aun así, al menos iban a participar. Shen suspiró, escuchando los ladridos que sonaban por doquier; estaba impaciente por partir. Se giró hacia Helga y la saludó:

—¡Muchas gracias, señor!

—¡Es una mujer! —siseó Sika.

—¿En serio? —se asombró Shen.



–En serio –le aseguró Helga–. Pero no te preocupes; todo el mundo piensa que soy un hombre. Supongo que es por mi tamaño y por mi barba... A la mayor parte de las mujeres no les gusta llevar barba, pero yo la encuentro muy útil: así no se me huela la barbilla. Deberías probar a dejártela, Mitzi.

Mitzi Von Primm se estremeció.

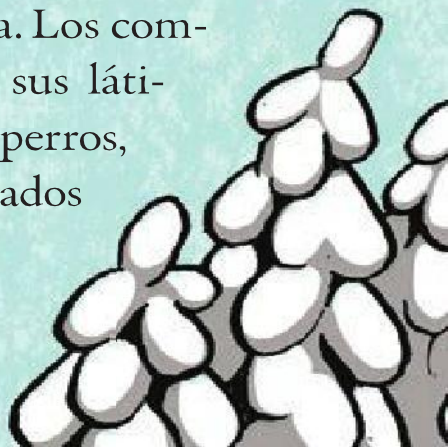
–Mi abrigoito forrado de piel me abriga estupendamente –replicó–. Es un diseño exclusivo, ¿sabes?

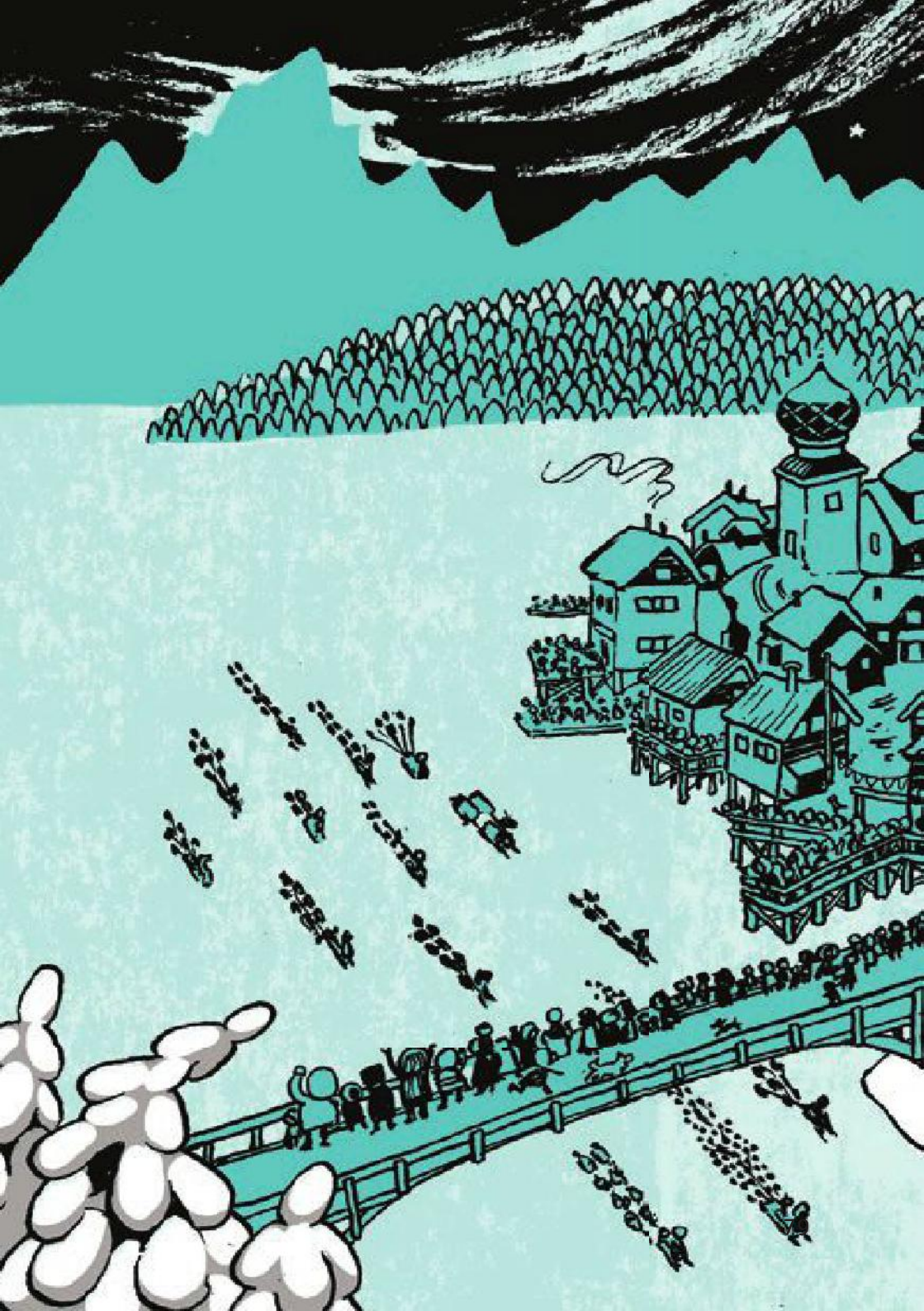
En ese momento, la voz de la jueza de la carrera interrumpió la conversación. Sus palabras, amplificadas por un megáfono, resonaban desde el globo aerostático, rebotando y astillándose en las laderas heladas.

–¡Bienvenidos a la Gran Carrera del Norte! Creo que todos conocéis la ruta: debéis partir rumbo al norte, atravesar el Bosque Nocturno, cruzar la Sima del Kraken y buscaros la vida para llegar al palacio de la cima del mundo. ¡Buena suerte! ¡Saludad de nuestra parte a Papá Nieve! ¡Y que gane el mejor!



La jueza disparó la pistola. Los competidores hicieron restallar sus látigos y azuzaron a gritos a sus perros, y los trineos salieron disparados sobre el hielo.





Enseguida ocurrieron los primeros desastres (algo lógico, dada la cantidad de trineos que competían). Los esquís de algunos trineos se engancharon en los de sus vecinos. Varios perros se detuvieron y empezaron a ladrar a los demás. Un veloz trineo ruso cayó de morros en un agujero que se había abierto repentinamente en el hielo (sir Basil, con una risita, tiró al suelo un espray anticongelante).



El estruendo de la salida provocó un pequeño alud en el fiordo que aplastó al trineo de origami cuando no había avanzado ni diez metros.



El trineo hinchable reventó cuando uno de los perros del trineo de atrás lo confundió con una salchicha gigantesca y le hincó el diente. Y tres trineos volcaron cuando les cayó encima el globo aerostático de la jueza (que



lo había pinchado sin querer al dar el pistoletazo de salida).

Los demás, sin embargo, avanzaban a buen ritmo. Shackleton Jones encabezaba el grupo, con sir Basil pisándole los talones, hasta que Mitzi Von Primor hizo un atrevido quiebro entre dos peñascos y los adelantó a ambos. Los osos de Helga galopaban tranquilamente a cierta distancia, sin preocuparse aún por adelantar a nadie. Y en último lugar, impulsados por sus sesenta y seis jadeantes minichuchos, iban Shen y Sika.

—¡No tenemos nada que hacer! —gritó Shen, agarrándose para aguantar las sacudidas del trineo sobre el terreno nevado—. ¡Llegarán a la cima del mundo mucho antes que nosotros!

—Tal vez no —replicó Sika—. No se trata solo de ser veloz, sino de tener suerte. Se tarda al menos una semana en llegar al Polo Norte, ¡y hasta entonces pueden ocurrir todo tipo de cosas! ¿Tú qué pedirías si llegaras el primero, Shen? ¿Qué es lo que más deseas?

–Pues no sé... –contestó Shen (en realidad, llevaba un buen rato pensándolo. Le daba la impresión de que debería pedir una familia, ya que jamás había tenido una salvo Bo, Brotedesoja y el capitán Jeggings, que no contaban. Pero no quería una familia mágica; le bastaba con una normal y corriente)–. Aún estoy dándole vueltas –dijo al fin.

–Pues yo sé perfectamente lo que quiero –repuso Sika–. Le pediré a Papá Nieve que mi abuelo se ponga bueno y que siga viviendo tantos años como ha vivido ya. Así, cuando llegue el próximo Invierno de Verdad, podrá participar en la carrera.

–¿De verdad puede hacer eso Papá Nieve? –preguntó Shen.

–¡Pues claro! ¡Puede hacerlo todo!

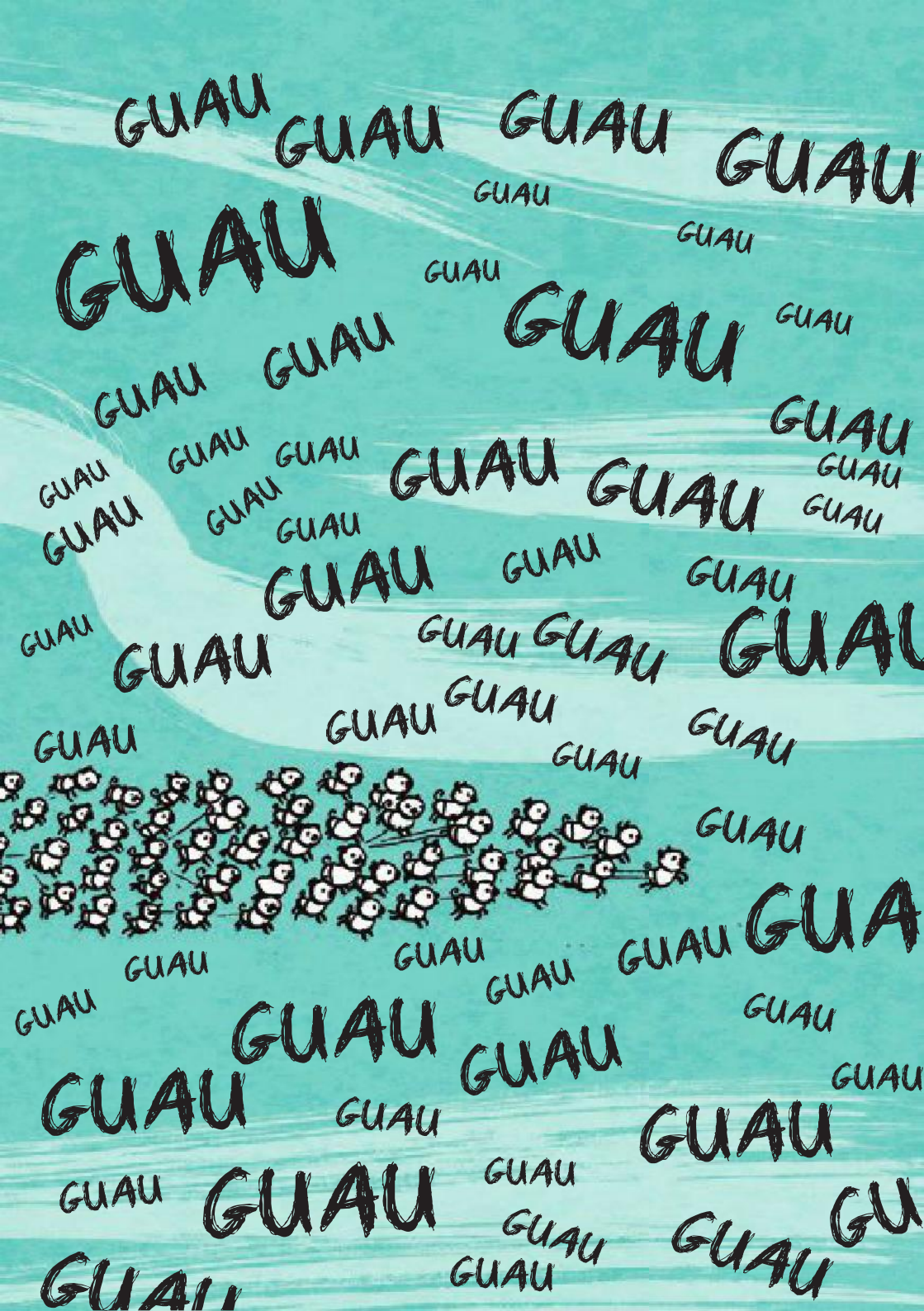
Shen miró hacia atrás, deseando que se le ocurriera algo que pedir.

El fiordo y la línea de salida apenas se veían ya.

Zzzzzzzsssssssssszzzzssss, hacían los trineos al deslizarse por la nieve y el hielo.

AúuuuuUUUUUuUUUuUuUU, hacía el viento al rozar el trineo. Y los sesenta y seis minichuchos hacían...









Siete

SHEN Y SIKÁ se internaron veloces en el Bosque Nocturno, guiándose por las huellas de sus competidores para serpentear entre los oscuros árboles. De vez en cuando se oían a lo lejos los roncós ladridos de otros tiros de perros, y los carlinos alzaban sus cabecitas y contestaban con sus voces agudas. Estaban encantados: por fin se sentían como perros de verdad, la clase de perros que siempre habían soñado con ser en sus sueños perrunos.

Pero todos aquellos ladridos hacían estremecerse las ramas de los abetos, hasta que de ellas empezaron a caer grandes montones de nieve.



¡PLAF! ¡PLOF! ¡PLAF!

Sika fue esquivándolos como pudo, con cuidado de no chocar contra ningún tronco. Otros equipos, sin embargo, no tuvieron tanta suerte; dos trineos habían quedado aplastados por sendas avalanchas, y sus dueños tuvieron que emprender a regañadientes el regreso a Nievegrado.

Cuando ya llegaban al final del bosque, vieron a Shackleton Jones

junto a su trineo, mirando cómo NIEBOT sacaba su tecnotrineo y su tiro de perros mecanizados de un montón de nieve. Sika frenó para preguntarle si necesitaba ayuda, pero él sonrió y meneó la cabeza.

—¡Tengo toda la ayuda que necesito! Mi robot está diseñado para retirar una tonelada de nieve por minuto, ¿verdad, NIEBOT? —Shackleton sonrió de nuevo—. ¡Bueno, chicos! Nuestra próxima parada será



en la Sima del Kraken. ¿Qué creéis que nos encontraremos allí?

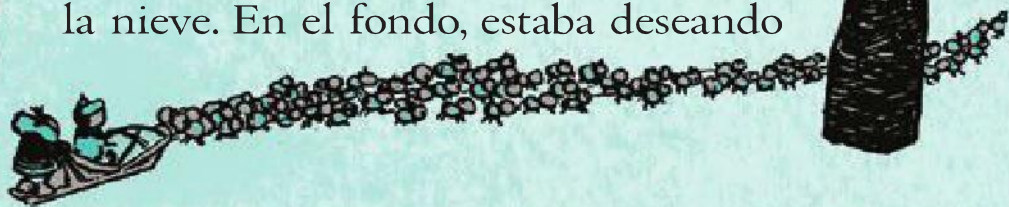
–Dicen que allí habita el kraken –contestó Sika–. Es un antiquísimo monstruo marino con tentáculos y cosas de esas. Cuando cae el Invierno de Verdad, asciende a la superficie... Con un poco de suerte, el hielo será lo bastante grueso para impedirle asomar los tentáculos y atraparnos.

Shackleton Jones se echo a reír.

–¿El kraken? No te creerás esa patraña, ¿verdad? No es más que una leyenda del mar, como el Triángulo de las Bermudas o la Noche de las Marpelucas.

–Será idiota... –masculló Sika mientras su trineo se alejaba–. Seguro que ahora empieza a decir que el mismísimo Papá Nieve es una leyenda.

–¡Al menos ya no vamos los últimos! –exclamó Shen, volviendo la cabeza para mirar el trineo sepultado por la nieve. En el fondo, estaba deseando



que Shackleton Jones tuviera razón acerca del kraken.

El trineo salió disparado del bosque y bajó zumbando por una suave pendiente nevada.

La ladera desembocaba en el mar helado, cuya superficie era aquí muy lisa y salpicada de unos peñascos esbeltos y negros. Las extrañas rocas sobresalían aquí y allá, formando una especie de anillo cuyo interior era tan liso como una pista de patinaje. La superficie del círculo estaba surcada por los rastros de los primeros trineos que habían pasado por allí.

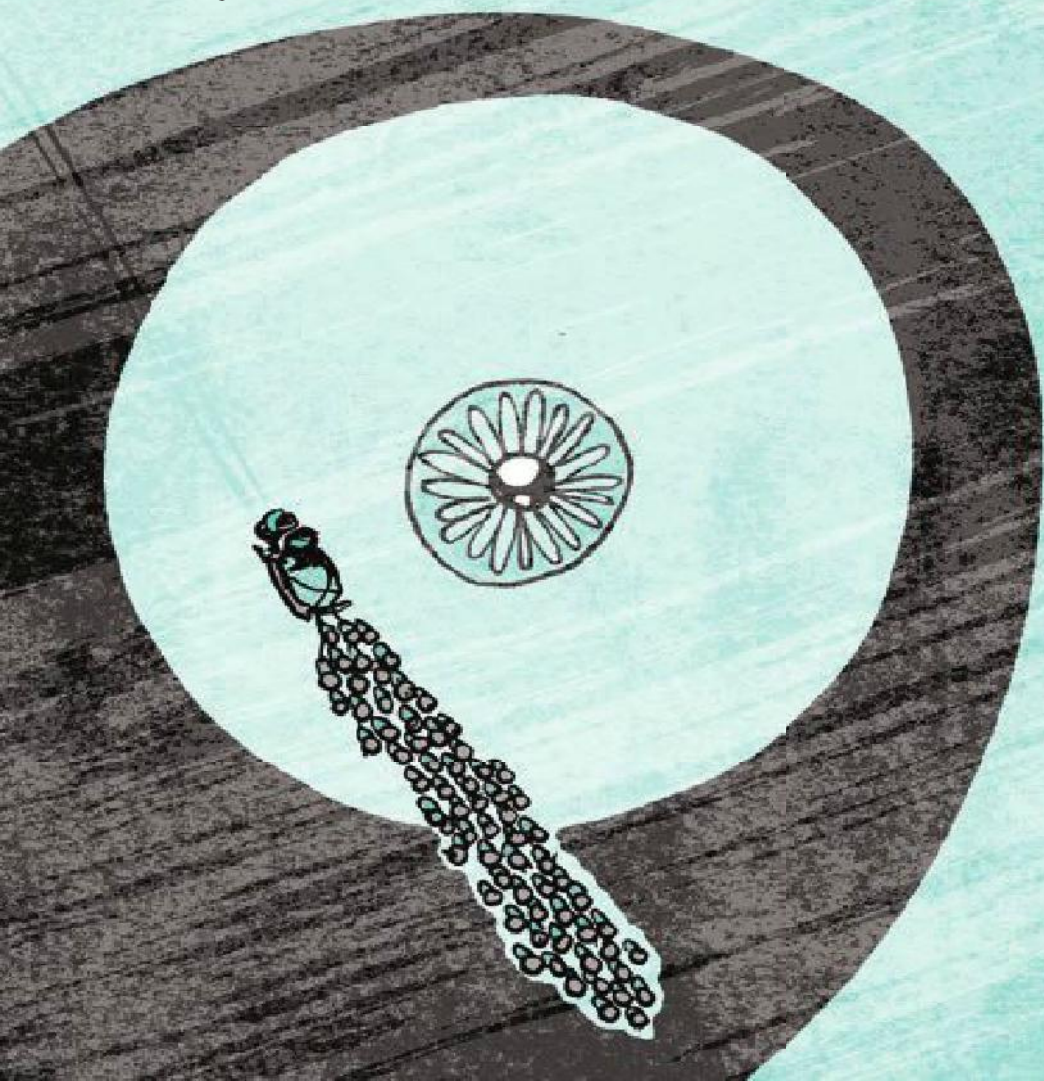
—¡Qué lugar tan raro! —dijo Shen—. ¿De verdad vivirá aquí el kraken?

Miró hacia abajo. El hielo era tan transparente como una lámina de cristal muy grueso. Y allá abajo, en las frías profundidades, algo observaba a Shen: el trineo estaba deslizándose justo por encima de un ojo tan grande como un aparcamiento.

Lo cual significaba que aquellas rocas serpenteantes no eran rocas, sino las puntas de unos tentáculos descomunales que se habían congelado mientras el kraken los sacaba del mar.

–Esto... Oye, Sika... –dijo Shen.

–¿Sí?



Shen bajó la mirada hacia el ojo: estaba seguro de que lo miraba fijamente a él. Y entonces, mientras le devolvía la mirada, el ojo pestañeó.

¡Craaac... Crash! Los gigantescos tentáculos se sacudieron. El hielo se desprendió de ellos en grandes fragmentos, mientras las puntas se agitaban tratando de liberarse para aferrar a Shen y Sika. La superficie del mar se llenó de grietas.

—¡Más rápido! —chilló Shen.

Pero los sesenta y seis minichuchos ya estaban corriendo tanto como podían. Sus lengüecillas asomaban por sus chatos hocicos, de los que salían nubes de vapor. Sus patitas repiqueteaban en el mar helado. De pronto, delante de ellos zigzagueó una grieta. Los perros la salvaron de un brinco, y el trineo saltó detrás de ellos. ¡Otra grieta! Los minichuchos torcieron para evitarla, pero el hielo se estaba llenando de aberturas por todas partes.

El hielo de la Sima del Kraken retumbó como un tambor con los empujones del mons-

truo, mientras los tentáculos se retorcían sobre sí mismos.

Los minichuchos se detuvieron. No tenían escapatoria: el trineo había quedado en una isla de hielo, rodeada de grietas cada vez más anchas. La isla se empezó a inclinar y el trineo resbaló hacia atrás. Rápidamente, Shen se inclinó sobre la parte frontal y empezó a desatar a los perrillos. Así, si el trineo caía a las oscuras aguas, al menos no arrastraría a los pobres perros consigo.

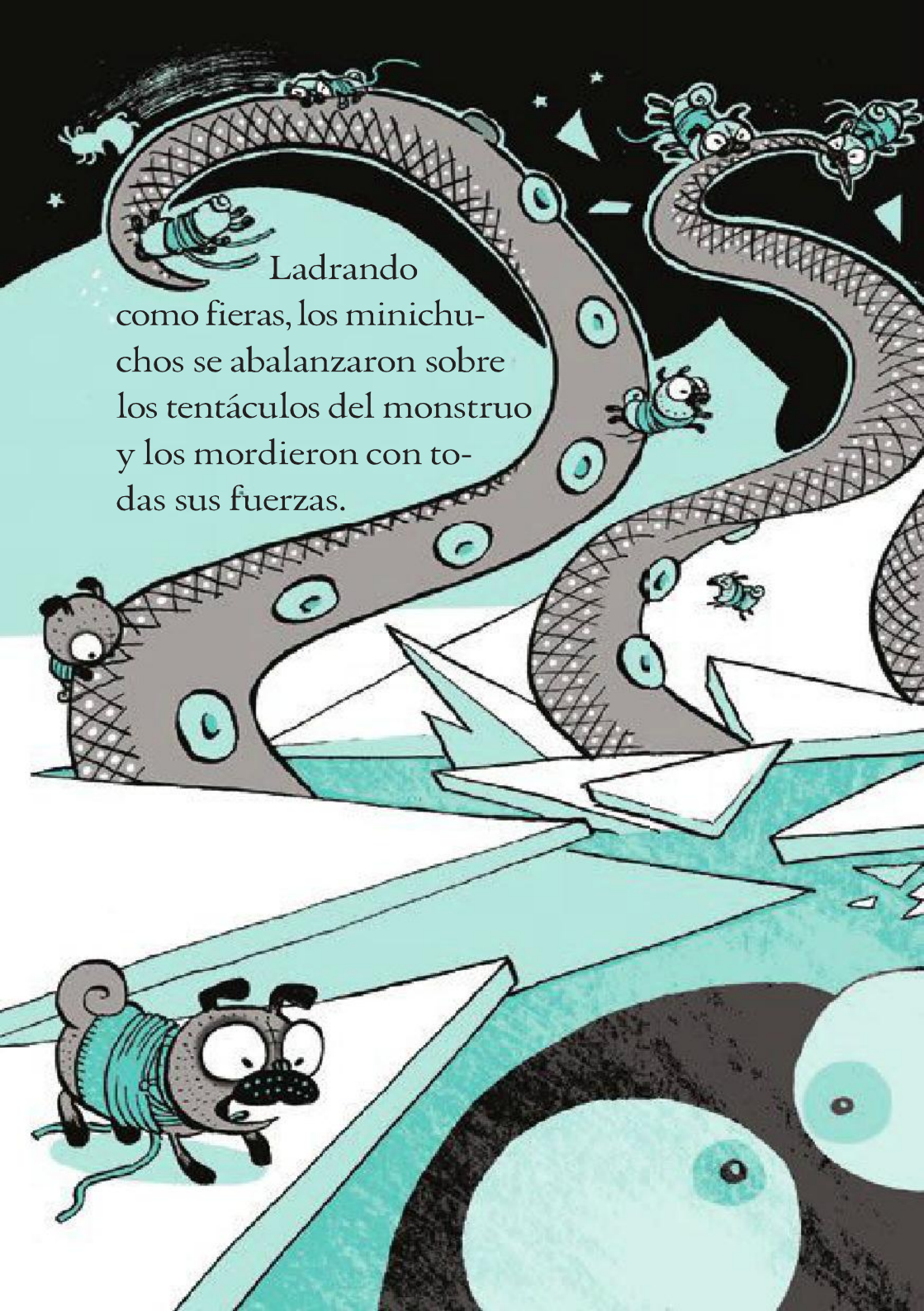
Se oyó un terrible crujido: uno de los tentáculos se había liberado y ahora avanzaba hacia el trineo, rociando a Shen y a Sika de agua gélida y lanzando fragmentos de hielo que se hacían añicos como si fueran de cristal. El ojazo del kraken los observaba fríamente desde abajo. Llevaba dormido desde el anterior Invierno de Verdad. Los primeros trineos lo habían despertado a pasar sobre él, y ahora le apetecía desayunar.

Pero los minichuchos no pensaban ponerlo tan fácil. Empezaron a ladrar aún más que

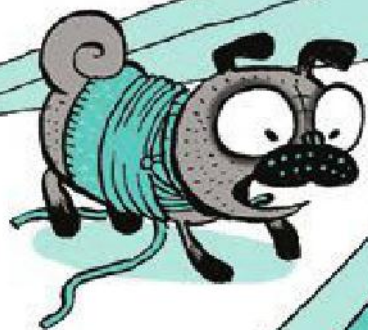
antes, brincando sobre sus cortas patitas y gruñendo al inmenso y amoratado tentáculo que se cernía sobre ellos. De un salto descomunal, el perrillo más valiente logró hincar los colmillos en la punta del tentáculo y, pese a todos los esfuerzos del kraken, se negó a soltar su presa.

Los demás chuchos, animados por su compañero, correataron en busca de tentáculos que mordisquear. Sin el impedimento del trineo, podían salvar con facilidad las grietas abiertas por el kraken.





Ladrando
como fieras, los minichu-
chos se abalanzaron sobre
los tentáculos del monstruo
y los mordieron con to-
das sus fuerzas.





El kraken se debatió tratando de quitárse-los de encima, pero los perrillos menearon las colas y mordieron aún más fuerte.

El ojo del monstruo observaba la escena desde abajo, atónito: a lo largo de su vida había luchado contra ballenas asesinas en las oscuras profundidades y había arrastrado osos polares hasta su helada guarida, pero jamás se había topado con unos bichos como aquellos. Eran diminutos, como copos de nieve arrastrados por el viento... ¡Pero menudos dientes tenían!

«¡Ay!», pensó el kraken, retirando uno a uno sus serpenteantes tentáculos. Los minichuchos los soltaron al ver que se hundían bajo el hielo, pero siguieron ladrando y gruñendo hacia los lugares por donde habían desaparecido.

Shen y Sika miraron hacia abajo. El furioso ojo del kraken se clavó en los suyos por un momento y luego se desvaneció, como si el monstruo hubiera lanzado un nubarrón de tinta para ocultarse.

Cuando la tinta se disolvió, el kraken ya no estaba; se había retirado en busca de un desayuno más apacible (por ejemplo, un par de tiburones de alta mar). En las grietas y agujeros que habían causado sus tentáculos ya empezaba a formarse hielo otra vez.

—¡Uf! —resopló Shen mientras empezaba a reunir a los perrillos.

—¡Ya verás cuando se lo cuente a mi abuelo! —exclamó Sika—. ¡Es una historia tan emocionante como las tuyas!

Por primera vez, Shen sintió que tenían posibilidades de ganar.

Pero enseguida, mientras estaban ocupados enganchando a los perros al trineo, oyeron unos ladridos metálicos a su espalda: Shackleton Jones y NIEBOT habían recuperado ya su trineo, y ahora pasaban zumbando a su lado.

—¿Lo veis? —gritó Shackleton Jones—. ¡Aquí no hay ningún monstruo! ¡No es más que una superstición absurda!

—Pero... —empezó a decir Shen.

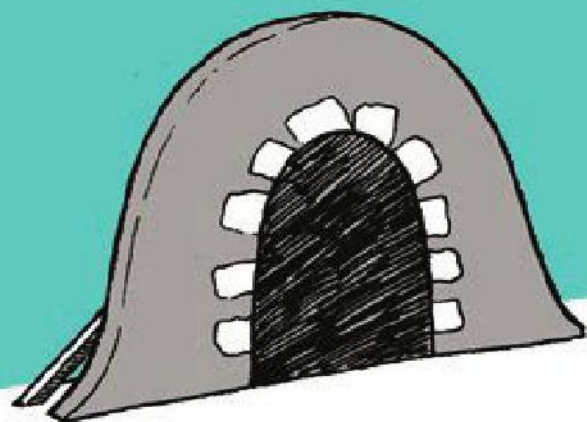




No le dio tiempo a terminar: Shackleton Jones y su trineo ya no eran más que un puntito lejano allá en el norte.

–Estupendo –refunfuñó Sika–. ¡Ya volvemos a ir los últimos!

–Sí, pero nuestros perros son los más valientes –repuso Shen repartiendo golosinas perrunas entre los chuchos.





Ocho

LA CARRERA continuó durante toda la noche y el día siguiente, y durante ese tiempo, a los otros trineos les ocurrieron todo tipo de aventuras... y accidentes.



Pronto quedaron solo cinco trineos en la competición. Sir Basil Cowl de Bruselas encabezaba la carrera gracias a un mapa trazado por su padre, en el que aparecían atajos entre los escollos e islas del mar helado. Helga Hammerfest lo seguía de cerca, con Mitzi Von Primor y Shackleton Jones pisándole los talones.

(Shen y Sika seguían en último lugar, por supuesto, tan detrás de los otros que nadie se acordaba de ellos).

La tercera noche, cuando Menaje hizo frenar su trineo, sir Basil oyó los ladridos del tiro de Mitzi a poca distancia. Parecía que Von Primor había adelantado a Helga Hammerfest.

–¡Estos rufianes van a alcanzarnos, Menaje!
–exclamó.

–Es cierto que nuestra ventaja parece estar disminuyendo, señor –asintió el mayordomo.

Sir Basil se frotó las manos enguantadas.



—¡Pronto nos libraremos de ellos! Ha llegado el momento de poner en marcha la Operación Desvío.

—¿Está seguro de que es necesaria, señor?

—¡Por supuesto que lo es! Si no llego el primero hasta Papá Nieve, ¡adiós a mi fortuna! ¡Ponla en marcha!

Menaje suspiró e hizo lo que le pedía su patrón. Rebuscó entre los bultos apilados en el trineo y sacó una señal hinchable, que infló con una bomba de bicicleta.

—¡Espléndido! —aprobó sir Basil—. Esto nos librará de nuestros competidores. ¿Sabes adónde los conducirá esta señal, Menaje?

—No, señor.

—¡Pues claro que no lo sabes! Eso es porque yo he estudiado el mapa de mi padre y tú no. Pues bien: los llevará directamente a Ánimo Perdido. Mi padre vio el lugar desde lejos cuando pasó por aquí hace años, y me lo contó todo. Al parecer, algunos de sus rivales se acercaron para echar un vistazo ¡y desaparecieron para siempre!

–Qué inquietante, señor.

–¡Para nosotros, no! Cuanta más chusma logremos quitarnos de encima, más fácil nos resultará vencer. ¡Vamos, Menaje! ¡Rumbo al Polo!

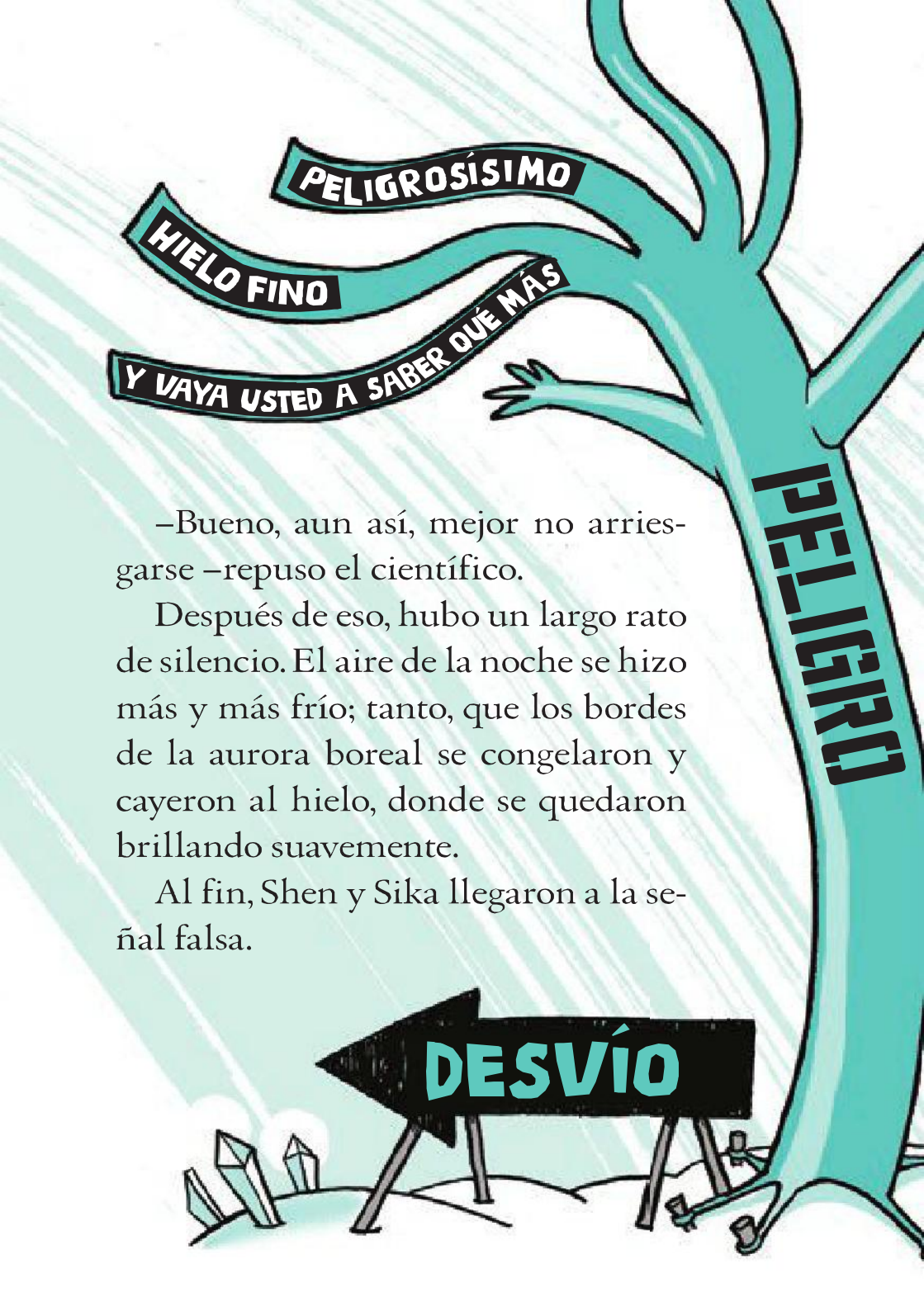
–Como usted diga, señor –repuso Menaje de mala gana.

Se giró para poner en marcha una pequeña máquina de nieve que había en la parte trasera del trineo y, con la nieve cubriendo las huellas del trineo, aceleró hacia el norte.

La señal se quedó donde la habían colocado. Al cabo de un par de minutos, el trineo de Mitzi Von Primor apareció por allí, giró bruscamente a la izquierda y emprendió el camino falso. Helga Hammerfest la siguió unos instantes después, y Shackleton Jones apareció poco más tarde.

–Parece que el hielo se afina, ¿eh, NIEBOT?
–dijo–. Será mejor que vayamos por el desvío.

–No detecto hielo fino ante nosotros –replicó el robot–. Podemos continuar hacia el norte.



PELIGROSÍSIMO
HIELO FINO
Y VAYA USTED A SABER QUÉ MÁS

—Bueno, aun así, mejor no arriesgarse —repuso el científico.

Después de eso, hubo un largo rato de silencio. El aire de la noche se hizo más y más frío; tanto, que los bordes de la aurora boreal se congelaron y cayeron al hielo, donde se quedaron brillando suavemente.

Al fin, Shen y Sika llegaron a la señal falsa.



Si Sika hubiera ido conduciendo el trineo, se habría dado cuenta al instante de la añagaza. Había oído suficientes historias de su abuelo para saber que tan al norte, en un Invierno de Verdad, jamás había hielo fino. Pero no era ella la que iba al mando; Sika dormía, envuelta en varias pieles y apoyada en el saco de pienso. Y cuando Shen vio la señal, viró sin dudarlo a la izquierda siguiendo los rastros de sus competidores.

Las zarpas de los minichuchos aceleraron, levantando nubecillas de hielo pulverizado. La bruma helada envolvió el rostro de Sika hasta despertarla. Y cuando abrió los ojos y vio la dorada luna llena allá en el horizonte, se dio cuenta de que no iban por buen camino.

—¿Por qué hemos girado? —preguntó, y Shen se lo explicó—. ¡No puede ser! —exclamó Sika—. ¡Tenemos que dar la vuelta!

Aferró las riendas y trató de cambiar el rumbo, pero los minichuchos estaban agota-

dos. El acelerón que había despertado a Sika había consumido todas sus energías. El trineo frenó lentamente hasta detenerse y los perrillos se derrumbaron como sesenta y seis bultos soñolientos.

—No podemos avanzar más por hoy —constató Shen, bajando del trineo para dar de comer a los chuchos.

Mientras los perros cenaban, Shen y Sika montaron la vieja tienda del abuelo, clavando profundamente en el hielo las piquetas de metal por si estallaba una ventisca mientras dormían.



Al acabar, Sika y Shen comieron algo y luego llamaron a los chuchos para que se metieran en la tienda con ellos. Los dos se arroparon con sus sacos de dormir, con los perrillos tumbados encima, y en un abrir y cerrar de ojos, Shen se durmió.

Pero Sika no lograba conciliar el sueño. Despierta, observó los bordados que adornaban la lona de la tienda. Un fragmento de aurora boreal se había clavado en un montón de nieve cerca de allí, y su resplandor iluminaba suavemente la tela. Y de pronto, Sika se dio cuenta de que en algún lugar no muy cercano había gente cantando.

Se arrastró para salir de debajo del montón de perros (que estaban demasiado dormidos para enterarse), salió a la noche y empezó a caminar hacia la suave melodía. Si hubiera mirado atrás mientras andaba, habría visto que sus huellas se cerraban de inmediato, dejando la nieve lisa y vacía como una hoja en blanco.



(Existen cincuenta tipos de nieve diferentes en los Inviernos de Verdad, y esta era nieveadiós, que oculta todos los rastros).

Pero a Sika no se le ocurrió volver la cabeza. Tenía la mirada fija en un abrupto peñasco que se alzaba más allá (y que, si el mar no hubiera estado helado, habría sido una isla). La música parecía salir de allí; además, las rocas estaban iluminadas por un vivo resplandor verdoso, como si un trozo bien grande de la aurora boreal hubiera caído tras el islote.

Sika trepó por las rocas y echó un vistazo. Ante ella había un viejo barco de pasajeros atrapado en el hielo. En su proa herrumbrosa había pintado un nombre: *Ánimo*. Sika recordó de pronto algo que le había contado su abuelo: que gran parte de sus competidores se habían desviado hacia un lugar llamado *Ánimo Perdido* y jamás se había vuelto a saber de ellos.

A Sika nunca se le había ocurrido pensar que el *Ánimo* fuera un barco perdido.

Se acercó un poquito. Al lado de la embarcación había tres trineos aparcados. Estaba el tecnotrineo de Shackleton Jones, con sus perros robot inmóviles, y más allá se atisbaban el viejo trineo de madera fósil de Helga Hammerfest y el elegante trineo rosa de Mitzi Von Primor. Junto a ellos roncaban los perros de Mitzi y los osos de Helga, pero a sus dueñas no se las veía por ninguna parte.

Los trineos estaban iluminados por fragmentos de aurora boreal que pendían de los costados herrumbrosos del barco; eso era lo que causaba el resplandor verdoso. Sus luces formaban cuatro palabras:



A stylized, comic-book-like illustration of a large, dark, industrial structure, possibly a ship or a factory, heavily encrusted with jagged, translucent ice. The ice is rendered in a light blue/cyan color with black outlines, giving it a crystalline appearance. The structure itself is dark grey with some metallic details like rivets and portholes. A black banner with white text is draped across the middle of the ice-covered section. The background is black, and there are several bright white starburst or light flare effects scattered around the ice, suggesting a cold, bright environment. The overall style is reminiscent of mid-20th-century pulp magazine illustrations.

BAR DE FIDEOS YETIS

«Qué sitio más raro para montar un bar», se dijo Sika. «¿A quién se le ocurre vender fideos en mitad de ninguna parte?».

De pronto, una manaza peluda y blanca apareció de detrás de una roca y aferró la capucha del anorak de Sika. Al mismo tiempo, un vozarrón igual de blanco y peludo rugió en su oído...



A LOS
YETIS

Nueve

NADIE SABÍA cómo habían aparecido los yetis en aquel lugar. ¿Habrían llegado a bordo del *Ánimo* cuando el barco encalló en aquel islote? ¿O habrían atravesado a pie el océano helado durante algún Inverno de Verdad y, al ver el navío abandonado, habrían decidido quedarse a vivir en él?

En cuanto a la razón por la que habían abierto un bar especializado en fideos, era sencilla. Entre los cincuenta tipos de nieve que caen en un Invierno de Verdad, en aquel islote abundaba uno muy especial. Se trataba de nieve fideosa, una nieve muy adecuada para hacer pasta de todo tipo.

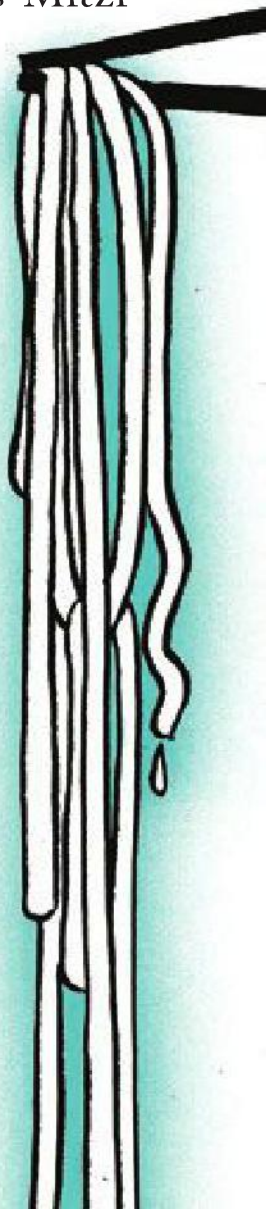
(También se podían hacer espaguetis con ella, pero a los yetis no les gustaba cómo sonaba el nombre BAR DE ESPAGUETIS YETIS).

Al principio, Sika se asustó mucho al verse atrapada por un yeti, pero se calmó al ver que la criatura solo quería que la acompañara para darle un plato de fideos. A Sika le gustaban los fideos, así que fue de la mano del yeti hasta el barco. Era un yeti bastante grande y con mucha pinta de yeti: largo pelaje blanco, pies enormes, ojos resplandecientes... En fin, esas cosas. Mientras subía tras él por la borda del barco, Sika se preguntó si debería decirle que Shen dormía cerca; tal vez a su amigo también le apeteciera un buen plato de pasta. Al final decidió esperar a probarlo; tal vez estuviera malísimo, y a nadie le gusta que lo despierten en mitad de la noche para darle unos fideos repugnantes.

El puente del *Ánimo* estaba cubierto de hielo, pero en el interior del barco, donde en tiempos había estado la sala de baile, había calor y luz. Por todas partes se veían velas en-

cendidas, fabricadas con cera de oreja de yeti, y en una esquina relucía una estufa con forma de flan, cuyo fuego estaba alimentado con bostas de yeti. En mitad de la sala había una larga mesa a la que estaban sentados Mitzi Von Primor, Helga Hammerfest, Shackleton Jones y un montón de yetis, con un gran cuenco de fideos de nieve delante de cada uno. Varios yetis más, ataviados con delantales estampados, salían por unas puertas batientes llevándoles más y más cuencos. Al pasar junto a las puertas, Sika echó un vistazo por sus ventanas redondas: en la cocina, varios yetis descargaban cubos de nieve, otros hacían bolas con ella y otros más la metían en una máquina de hacer fideos.

Los yetis se turnaban para girar la manivela de la máquina, de la que salían gruesos fideos blancos que se retorcían como gusanos.



Mientras trabajaban, los cocineros coreaban
una canción:

CUANDO VEO QUE HAY JALEO
O CUANDO ME ENTRA EL MAREO,
YO ME COMO UNOS FIDEOS.
NO ME MIRES CON CHOTEO,
PORQUE ESTARÍA MUY FEO
Y YO NO ME CHUPO EL DEO.
¡SOLO CHUPO UNOS FIDEOS!

¡FIDEOS!
¡FIDEOS!
¡FIDEOS!



El yeti de Sika le llevó una silla y la acomodó entre Mitzi Von Primor y Shackleton Jones. Helga Hammerfest la saludó desde el otro lado de la mesa:

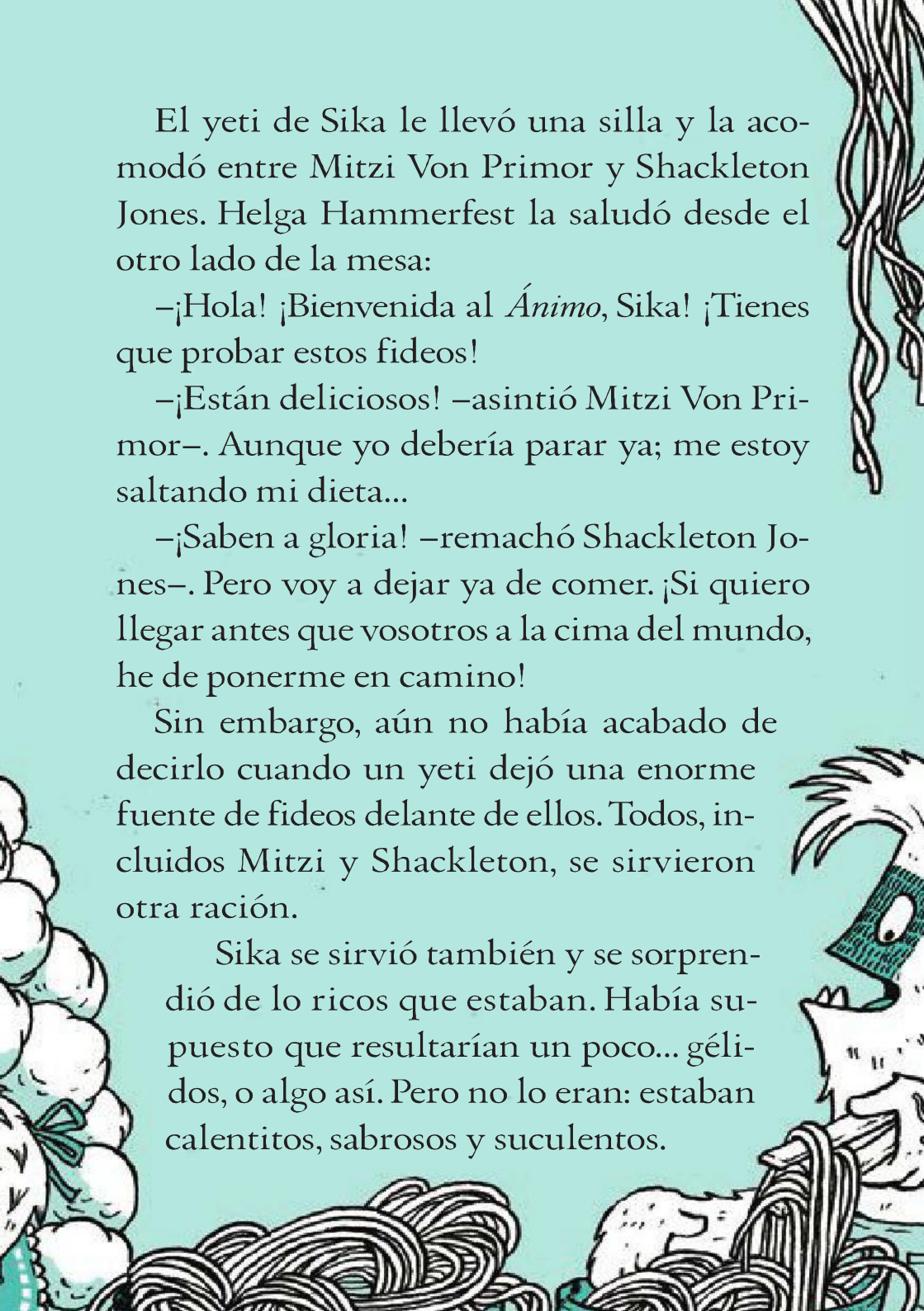
–¡Hola! ¡Bienvenida al *Ánimo*, Sika! ¡Tienes que probar estos fideos!

–¡Están deliciosos! –asintió Mitzi Von Primor–. Aunque yo debería parar ya; me estoy saltando mi dieta...

–¡Saben a gloria! –remachó Shackleton Jones–. Pero voy a dejar ya de comer. ¡Si quiero llegar antes que vosotros a la cima del mundo, he de ponerme en camino!

Sin embargo, aún no había acabado de decirlo cuando un yeti dejó una enorme fuente de fideos delante de ellos. Todos, incluidos Mitzi y Shackleton, se sirvieron otra ración.

Sika se sirvió también y se sorprendió de lo ricos que estaban. Había supuesto que resultarían un poco... gélidos, o algo así. Pero no lo eran: estaban calentitos, sabrosos y succulentos.





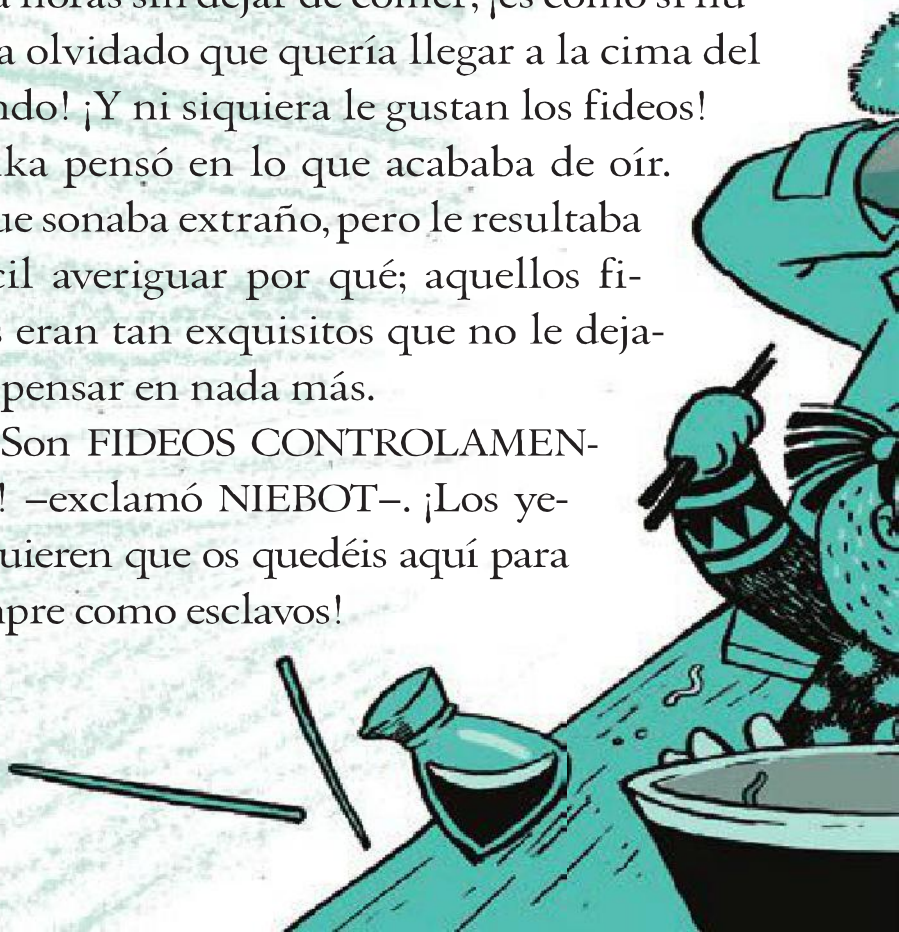


Durante un rato, lo único que se oyó en el viejo barco fueron los ruidos de los comensales que sorbían, masticaban y se relamían. Bueno, y también sonaba otro ruidito: un zumbido discreto pero constante, como la alarma de un despertador muy discreto.

—Algo va mal —dijo al fin NIEBOT, mirando a Sika desde debajo de la mesa—. Estos fideos son un poco excesivos. El bobo de Shackleton lleva horas sin dejar de comer; ¡es como si hubiera olvidado que quería llegar a la cima del mundo! ¡Y ni siquiera le gustan los fideos!

Sika pensó en lo que acababa de oír. Sí que sonaba extraño, pero le resultaba difícil averiguar por qué; aquellos fideos eran tan exquisitos que no le dejaban pensar en nada más.

—¡Son FIDEOS CONTROLAMENTES! —exclamó NIEBOT—. ¡Los yetis quieren que os quedéis aquí para siempre como esclavos!



–Ajá... –masculló Sika, agarrando el cuenco para servirse una nueva ración. ¡Pero ya no quedaba ni un fideo más!

–¡Más fi-de-os! –rugieron los yetis sentados a la mesa, y los comensales humanos corearon el grito–. ¡Más fi-de-os!



–Enseguida salen –respondió uno de los yetis cocineros mientras recogía los cacharros sucios que había en la mesa: cuencos, tenedores, cucharas, palillos...–. Pero antes, los viajeros deben pagar los fideos que ya se han comido.

–¿Cómo? –chilló Mitzi–. ¡Nadie nos dijo nada de pagar!

–No creeríais que eran gratis, ¿verdad? –gruñeron los yetis–. En el cartel de la puerta pone BAR DE FIDEOS, no FIDEOS POR LA CARA.

–¿Aceptáis tarjetas de crédito? –preguntó Shackleton Jones.

–Solo efectivo –respondió el chef yeti.

Los demás yetis se levantaron y miraron con el ceño fruncido a sus clientes humanos, que de pronto se sintieron muy pequeños y bastante asustados (aunque, al mismo tiempo, seguían con hambre de fideos).

–Si no pueden pagar –dijo un yeti–, solo hay una salida. Tendrán que... ¡fregar! –gritó, abriendo con el pie las puertas de la cocina.

Al pasar junto a ellas, Sika se había fijado en la máquina de hacer fideos y no había visto mucho más. Ahora vio que en el extremo opuesto de la cocina, a los lados del fregadero, había dos pilas inmensas y tambaleantes de cacharros mugrientos: cuencos, platos, salseras, fuentes, cubiertos y bandejas, todos llenos de pegotes endurecidos.

A aquellos yetis les encantaba hacer fideos y comérselos, pero odiaban fregar con toda su alma.

—¡A fregar! —cantaron alegremente, cargando en hombros a sus cautivos humanos y llevándolos a la cocina—. ¡A fregar!

Y los humanos, que aunque tenían la barriga llena de fideos aún querían comer más, no sabían cómo resistirse.

«¡De modo que esta es la razón de que nadie regresara de Ánimo Perdido!», se dijo Sika mientras un enorme yeti



la acarreaba hacia la cocina. «Los yetis atraen a la gente con sus fideos y los obligan a quedarse fregando para siempre jamás».

Miró alrededor y vio que NIEBOT la observaba. Al robot no le interesaban los fideos, así que a los yetis no les interesaba él. Sika lo llamó con la mano y, mientras su yeti esperaba ante la puerta de la cocina a que entrasen los demás, estiró el cuello hacia él.

–Shen está acampado cerca de aquí –le susurró–. ¡Dile que no se acerque! ¡Que siga y no pare hasta llegar a la cima del mundo!

NIEBOT se alejó con un zumbido. El yeti de Sika entró por fin en la cocina, y las puertas se cerraron tras ellos.

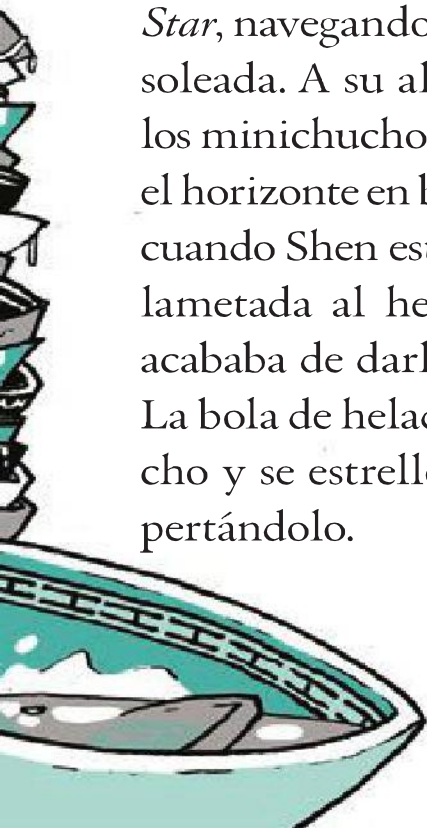






Diez

SHEN ESTABA DE NUEVO a bordo del *Lucky Star*, navegando de vuelta a casa en una tarde soleada. A su alrededor, en la proa del barco, los minichuchos meneaban la cola y atisbaban el horizonte en busca de tierra firme. Pero justo cuando Shen estaba a punto de dar la primera lametada al helado que el capitán Jeggings acababa de darle, se levantó una brisa gélida. La bola de helado salió despedida del cucurucho y se estrelló contra la cara de Shen, despertándolo.



–¡Mecachis! –exclamó temblando de frío.

Sobre él se inclinaba NIEBOT; el robot estaba cubierto de nieve y, al encorvarse, una parte había caído en la cara de Shen.

–¿Qué haces tú aquí? –preguntó Shen mientras se incorporaba–. ¿Dónde está Sika?

NIEBOT se lo explicó. «¿Secuestrada por los yetis?», pensó Shen con espanto y, por un momento, sintió tentaciones de amarrar los chuchos al trineo y salir de allí pitando.

Pero no podía hacer eso: Sika era su amiga, la primera amiga de verdad que había tenido en su vida.

–¡No se abandona a una amiga para que friegue los cacharros de los yetis por siempre jamás! –exclamó–. ¡Tenemos que hacer algo!

Se deslizó para salir de debajo de los perros, que seguían dormidos como troncos, y dejó la tienda. A lo lejos se oían los roncos cánticos de los yetis.

Shen despertó a los minichuchos y los amarró al trineo, preparándose para una huida rápida. Luego echó a andar sin dejar ninguna

huella en la nieveadiós, seguido por los perros y con NIEBOT montado en el trineo.

De pronto, la nieveadiós dio paso a un tipo diferente de nieve. Cada vez que Shen la pisaba, sonaba como si una vocecilla chillona cantase una nota distinta. Cuando NIEBOT, el trineo y los minichuchos entraron en ella, empezó a sonar una especie de ópera.

—¡Chissst! —dijo Shen, temiendo que aquella nieve tan cantarina alertase a los yetis.

—¡Chissst! —sonó la nieve algo más allá.

—¿Quién ha chistado? —susurró Shen.

—¿Quién ha chistado? —dijo la nieve en voz bastante más alta.

Era nieve repitosa, un tipo de nieve que repite todo lo que se diga a su lado, pero amplificándolo. Los chuchos, alarmados, empezaron a ladrar; la nieve ladró más fuerte que ellos, y eso hizo que los chuchos redoblasen sus esfuerzos.

Shen, envuelto en una tormenta de ladridos, esperó a que los yetis acudieran a atraparlo.



Pero los yetis estaban de fiesta, felices de que los recién llegados les hubieran librado de fregar. Habían cerrado con llave las puertas de la cocina y habían salido todos al puente para tomar la verde luz de la aurora boreal y cantar sus estruendosas tonadas yetis.

Entonces, a Shen se le ocurrió una idea. Sin hacer ruido, empezó a agarrar puñados de nieve repitosa y a hacer bolas con ellos. Le enseñó a NIEBOT a hacer bolas también, y entre los dos formaron una enorme pila de proyectiles que cargaron en el trineo. Luego se acercaron rápidamente al *Ánimo* y, mientras NIEBOT llevaba el vehículo junto a los demás trineos y les daba la vuelta a todos para salir de allí a toda prisa, Shen llevó las bolas al otro lado del barco encallado.

Alzó la vista y vio cómo los corpachones de los yetis se meneaban al son de la

música en el puente. Algo más abajo había un ojo de buey empañado que debía de dar a la cocina, donde su amiga y sus competidores fregaban sin parar.

Shen se agachó, tomó una bola de nieve y la tiró hacia los yetis con todas sus fuerzas. La bola golpeó al más grandullón en plena cara.

**¿QUIÉN
HA TIRADO
ESO?**

—rugió el yeti.



–¡Fui yo! –susurró Shen tirando otra bola.
–¡FUI YO! –gritó la bola al aterrizar en el
puente detrás de los yetis.

Todos se volvieron para ver quién había hablado, y Shen aprovechó la oportunidad.

–¡Eh, aquí! –susurró mientras lanzaba otra.



–berreó la bola, justo antes de despachurrarse en la cabeza del yeti más grandullón.

El yeti se giró y fulminó a los demás con la mirada.

–¡Nosotros no hemos sido! –exclamaron ellos.



–chilló una nueva bola antes de perderse de vista entre las sombras.



—exclamó otra bola.

El yeti más grandullón recogió la nieve que recubría su pelaje e hizo una bola bien apretada. Los demás reunieron nieve del suelo y de los techos de las cabinas.

En un momento, el puente se llenó de proyectiles de nieve que los yetis se arrojaban unos a otros, mientras Shen seguía tirando los suyos con disimulo. «¡No me diste, pringado!», decían sus bolas, o «¡Eh, cara de alfombra!», o «¡Tú, paquete!».

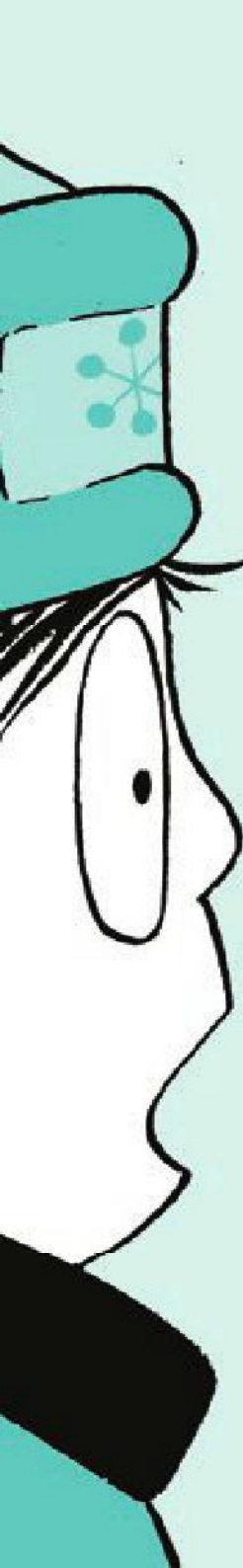
Los yetis, sin darse cuenta, empezaron a recoger restos de bolas de nieve repitosa para fabricar las suyas. Muy pronto, sus bolas repetían sus berridos furiosos además de las frases que Shen les había susurrado.



En unos minutos, la pelea de bolas se había convertido en una auténtica batalla campal.







Ninguno de los yetis advirtió que un chico trepaba por la borda de su barco y golpeaba el ojo de buey de la cocina.

A los pobres friegaplatos de dentro ni siquiera se les había ocurrido abrir aquella ventana. Helga Hammerfest, Mitzi Von Primor y Shackleton Jones eran demasiado grandes para escapar por allí, y Sika estaba tan ocupada secando cubiertos que no reparó en ella hasta que Shen empezó a aporrearla. La abrió a toda prisa y Shen cayó dentro de la cocina, acompañado por una ráfaga de aire helado que despabiló de golpe a los cautivos.

–¡Los yetis están peleándose, y NIEBOT ha preparado los trineos para salir pitando! ¡Vámonos, rápido! –dijo Shen. De pronto, se interrumpió y miró a los adultos con la boca abierta. ¿Eran imaginaciones suyas, o habían cambiado de verdad?

Sika también se dio cuenta. Helga Hammerfest ya tenía barba antes, pero no era tan larga, blanca y esponjosa.

A Shackleton Jones también le había brotado una barba blanquísima, acompañada de un mostacho y unas espesas cejas. Pero la más cambiada era Mitzi Von Primor: había engordado tanto que su traje rosa de carreras empezaba a reventar por las costuras; sus manos y cara estaban cubiertos de un suave pelaje blanco, y en sus ojos lucía un brillo azul.

—¡Se están convirtiendo en yetis! —exclamó Shen.

—¡Debe de ser un efecto secundario de la nieve fideosa! —dedujo Sika, y miró su reflejo en una sartén recién fregada para ver si también le había afectado a ella.

Para su alivio, comprobó que no estaba cambiada; tal vez fuera porque los demás llevaban mucho más rato que ella en *Ánimo Perdido* y habían comido muchísimos más fideos.

—Claro, de ahí han salido los yetis —comprendió—. ¡Son los marineros del *Ánimo* y otros

pobres viajeros que pasaron por aquí, transformados por haber comido fideos de nieve...!

–Hummmm, fideosss –susurró Mitzi Von Primor acariciándose el pelaje blanquísimo.

–¡Pero eso es imposible! –exclamó Shackleton Jones–. ¿Cómo va a convertirse una persona en yeti? ¡La ciencia no lo contempla!

Sika levantó la sartén para que viera su reflejo.

–¡Aaaaah! –chilló el científico–. ¡No quiero ser un yeti!

–Yo tampoco –intervino Helga–. Además, yo tenía algo que hacer..., algo en el Polo Norte...

–Pues entonces, más te vale salir de aquí pitando y no comer más fideos –le espetó Shen.

–¡Pero es que las puertas están cerradas con llave! –gimió Sika.

Helga se dirigió a ellas de dos zancadas y apoyó todo su peso en la madera. Y como su peso era mucho peso, las puertas se abrieron de golpe.

Todos salieron corriendo a la sala de baile y llegaron en dos segundos a la puerta de sa-

lida. Todos... menos Mitzi, que se había detenido para rebañar unos trozos de fideo que estaban pegados al mantel.

–¡Vamos! –se desesperó Sika.

–¡Y no comas más de eso! –le advirtió Shackleton Jones.

–Pero es que me gustan... –replicó Mitzi sorbiendo los fideos–. Y me gusta ser una yeti. ¡Mirad qué pelaje tan bonito tengo!

Se quitó los jirones del traje y estiró sus peludos y blanquísimos brazos, admirando la forma en que relucían a la luz de las velas.

–Ha comido más fideos que cualquiera de nosotros –dijo Helga.

–Pero, Mitzi, ¿y la carrera? –le preguntó Shen–. ¿Y el palacio de Papá Nieve? ¿No quieres ser la primera en llegar a la cima del mundo?

–Bah, id vosotros –respondió Mitzi con aire satisfecho–. Me encanta



ser una yeti, y además, ya he obtenido mi deseo: ¡comer fideos y más fideos para siempre jamás!

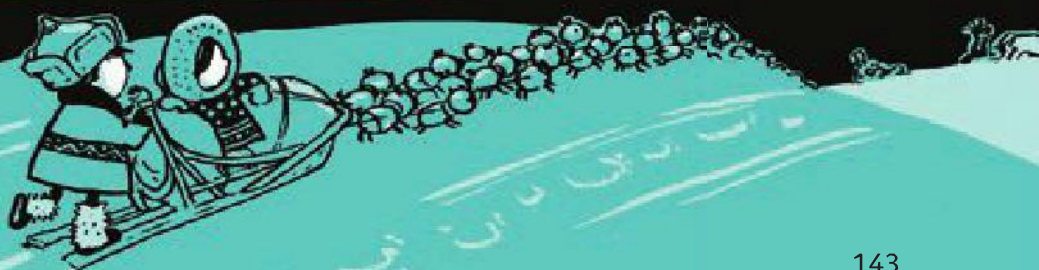
Los demás se miraron: no podían hacer nada más por ella. Mitzi ya era una yeti de verdad, tan grande como Helga y seguramente más fuerte, de modo que no podían llevársela a rastras. De todos modos, era cierto que parecía feliz de ser una yeti, y además, realmente era una yeti muy bonita. De modo que echaron a correr, bajaron rápidamente por la borda y se montaron en sus trineos antes de que la pelea de bolas terminara y los yetis fueran a la cocina a ver qué pasaba con aquellos cacharos. Pero, por si acaso Mitzi se cansaba alguna vez de ser yeti, dejaron allí su trineo y el tiro de perros robot de Shackleton Jones, quien enganchó los perros de Mitzi a su tecnotrineo.

–Me muero de vergüenza –gimió NIEBOT haciendo restallar el látigo sobre las rosadas cabezas de los huskies.

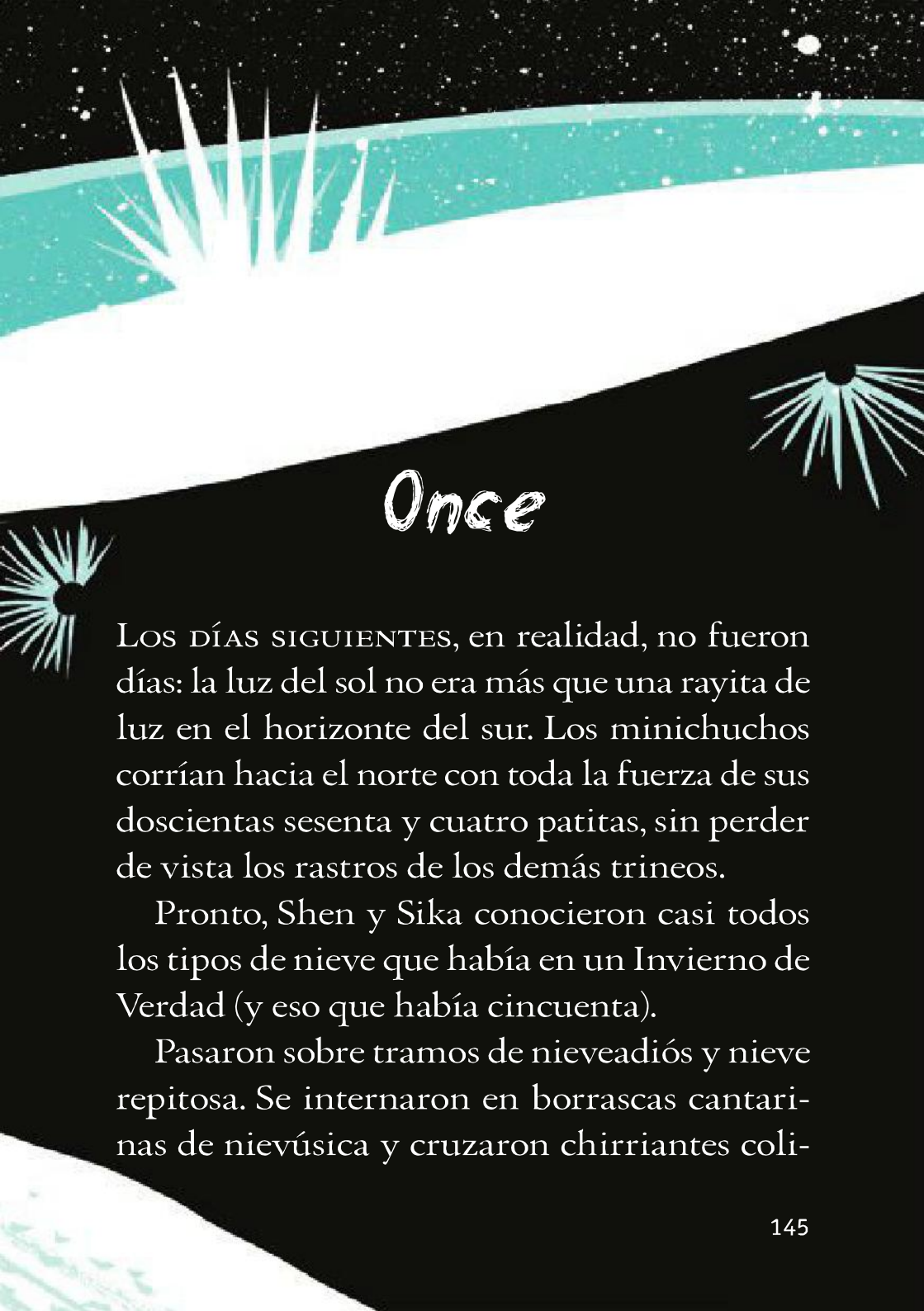
—¡Más vergüenza te dará cuando pierdas la carrera! —se rio Helga mientras sus osos arrancaban a correr (ahora que se le había pasado el efecto de los fideos, recordaba claramente lo mucho que quería vencer la competición)—. ¡Gracias, chavales! —dijo despidiéndose con la mano de Shen y de Sika—. ¡Nos vemos en la cima del mundo!

—¡Rayos, NIEBOT! —gritó Shackleton Jones—. ¡Como no espabilemos, la mujer barbuda llegará antes que nosotros!

Pronto sus dos trineos se convirtieron en manchitas lejanas, y Shen y Sika quedaron de nuevo en última posición.







Once

LOS DÍAS SIGUIENTES, en realidad, no fueron días: la luz del sol no era más que una rayita de luz en el horizonte del sur. Los minichuchos corrían hacia el norte con toda la fuerza de sus doscientas sesenta y cuatro patitas, sin perder de vista los rastros de los demás trineos.

Pronto, Shen y Sika conocieron casi todos los tipos de nieve que había en un Invierno de Verdad (y eso que había cincuenta).

Pasaron sobre tramos de nieveadiós y nieve repitosa. Se internaron en borrascas cantarinas de nievúsica y cruzaron chirriantes coli-



nas de nieveñiiic. Atravesaron una ondulante llanura de nieve siestona, que roncaba, murmuraba y se tiraba pedetes como si hubiera alguien dormido bajo un gigantesco edredón blanco.

Helga y los demás les llevaban muchísima ventaja; tanta, que Shen no creía que mereciera la pena seguir. ¿Cómo iban a llegar los primeros? Pero Sika no quería ni oír hablar de abandonar.

–Puede que los demás se retiren –le decía–. O que se topen con un tramo de mininieve y se encojan de repente, o con una mancha de nieverroca que los convierta en estatuas de piedra...





Shen no hacía más que mirar alrededor para ver si había algún trineo diminuto o convertido en piedra, pero lo único que divisaba eran los rastros de los otros trineos, que desaparecían en el lejano horizonte.

Un día se internaron en un páramo de nieve muñeco, que formaba muñecos de nieve mientras ellos estaban distraídos. Cada vez que se detenían para consultar la brújula o cocinar algo, a los pocos segundos se encontraban rodeados por un corro de muñecos que los miraban fijamente. Y no eran muñecos simpáticos, con bufandas y nariz de zanahoria, no: eran muñecos horrorosos, con dientes y garras de hielo y bocazas hambrientas.

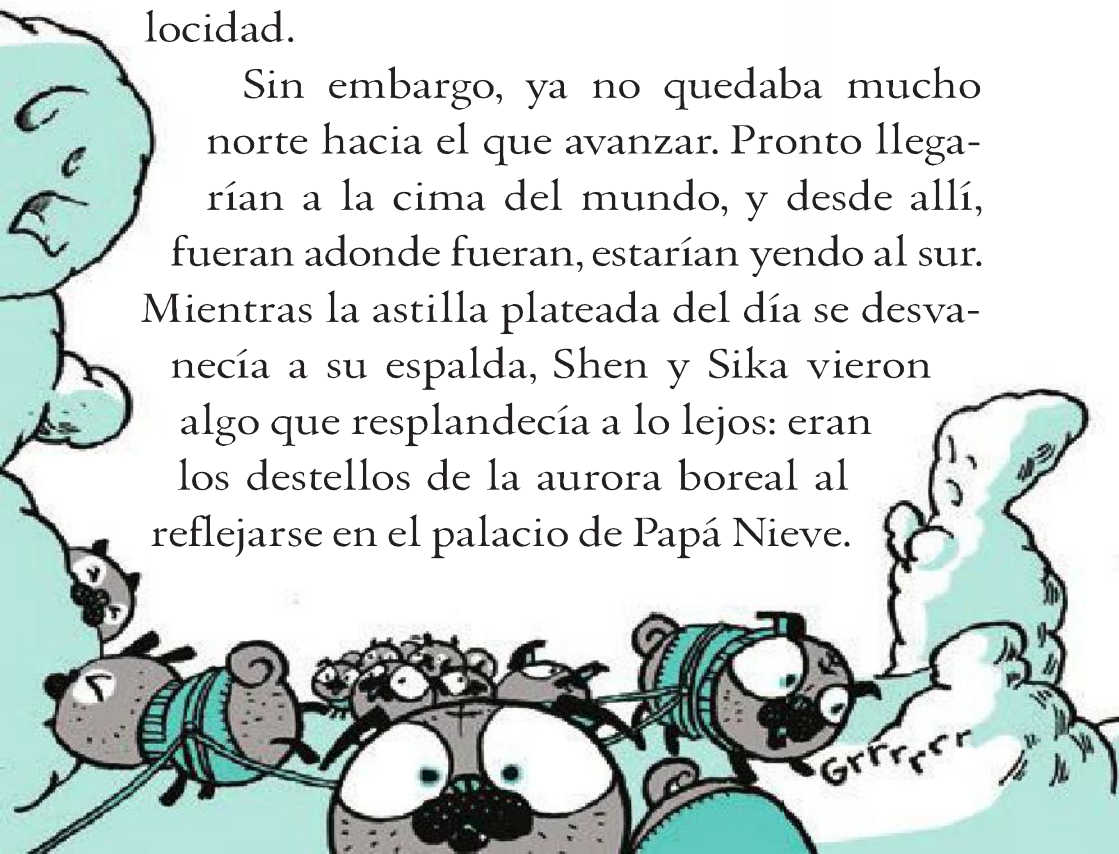
Resultaban pero que muy inquietantes.





Al cabo de un rato, Shen y Sika estaban tan cansados de estar inquietos que casi se dieron la vuelta. Pero a los minichuchos no les asustaba la nieve de muñeco, ni siquiera cuando empezó a formar perrazos de nieve. Ladaban al verlos, y pronto los más valientes empezaron a morder sus congelados traseros. Después de aquello, la nieve de muñeco dejó de hacer jugarretas, aunque Sika y Shen sentían su mirada ceñuda sobre ellos mientras avanzaban hacia el norte a toda velocidad.

Sin embargo, ya no quedaba mucho norte hacia el que avanzar. Pronto llegarían a la cima del mundo, y desde allí, fueran adonde fueran, estarían yendo al sur. Mientras la astilla plateada del día se desvanecía a su espalda, Shen y Sika vieron algo que resplandecía a lo lejos: eran los destellos de la aurora boreal al reflejarse en el palacio de Papá Nieve.



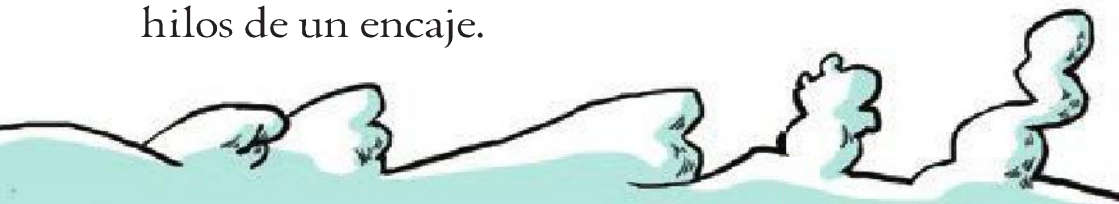
–¡Lo conseguimos! –exclamó Sika–. ¡Ya casi estamos en el Polo!

–Pero seguro que alguno de los otros ha llegado primero... –replicó Shen. Le parecía que, diciendo eso de vez en cuando, no se sentirían tan decepcionados si encontraban allí a Helga, Shackleton Jones o sir Basil. Sin embargo, en el fondo no había perdido la esperanza de que Sika tuviese razón: aún podían vencer si algo retrasaba a los demás.

Y al cabo de unas horas, tras atravesar un pestilente tramo de nievepuaj, comprobaron que así había sido.

El palacio de Papá Nieve estaba ya muy cerca: los dos lo veían brillar en el horizonte como una extraña gema. Pero entre el palacio y ellos se abría un profundísimo abismo cuyas paredes parecían hundirse hasta el fondo del mar.

Por encima del vacío se extendían decenas de puentes de nieve, entrelazados como los hilos de un encaje.



★

—¡Qué bonito! —se maravilló Shen.

—Pero no sé si aguantará nuestro peso... —replicó Sika.

★





Con mucho cuidado, los dos guiaron el trineo hasta el primer puente. Al pisarlo, la pasarela se estremeció y crujió. De su parte inferior se desprendió un pedazo de hielo que se desplomó en la penumbra de la sima. Shen se asomó para verlo caer y vio en el fondo unas siluetas puntiagudas que se movían: eran trolls de las nieves, esperando para devorar a quien cayera.

—¡Socorro! —gritó alguien, y su voz rebotó en los altos arcos y las finas columnas de hielo.

A la luz titilante de la aurora boreal, Sika y Shen distinguieron a Helga Hammerfest.



La pobre había intentado cruzar por el puente más grueso; pero su trineo de roble fósil pesaba demasiado, y la parte central del puente había cedido a su paso.

Sus osos polares, Copito y Granizado, aguardaban con aire angustiado en el otro lado del abismo, mientras el trineo, al que aún estaban enganchados, se balanceaba colgado de los arneses. Helga estaba suspendida de la parte trasera del vehículo, al que se había amarrado con su barba. De vez en cuando, Copito y Granizado se incorporaban y trataban de aupar el trineo.





Pero el roble fósil pesaba mucho y el suelo estaba muy resbaladizo, y los pobres osos no lograban sacar el trineo de la sima. Cada vez que lo intentaban, por el borde caía una avalancha de nieve que golpeaba a Helga y desaparecía en las profundidades.

Shen y Sika se miraron. Lo más fácil habría sido continuar, pero no podían dejar a Helga colgada.

—¡Vamos, minichuchos! —gritó Shen, y los perros echaron a correr.

El trineo de los chicos era mucho más ligero que el de Helga y los minichuchos pesaban mucho menos que los osos, así que podían cruzar casi por cualquiera de los puentes. Pasando de uno a otro, lograron llegar hasta la pasarela rota en la que aguardaban Copito y Granizado.

—¡Gracias, chicos! —gritó Helga desde la penumbra azulada del abismo—. ¡Por favor, cortad las riendas de mis osos! Se están cansando de aguantar mi peso, y no quiero que caigan conmigo.



—¡De eso nada! —replicó Shen—. ¡Vamos a sacarte de ahí!

—¡Uuuh! ¡Fueraaaa! —gritaron desde el fondo los trolls, que llevaban un rato esperando a que Helga se cayera para merendársela.

Empezaron a tirar grandes trozos de hielo hacia arriba, con la esperanza de hacerla caer antes de que Sika y Shen la salvaran; pero el abismo era muy profundo y los trolls eran pésimos tiradores, de modo que no consiguieron nada.

Shen se afanó en desatar a los minichuchos de su trineo para amarrarlos a los arneses de Copito y Granizado. Dos osos polares normales se habrían zampado a los perrillos de sesenta y seis bocados, y a Shen y Sika de postre. Pero estos eran dos osos polares muy bien educados, y de alguna forma parecían entender que los dos chicos y la manada de bichejos estaban allí para ayudarlos.

Al cabo de un rato, todos los minichuchos estuvieron atados a los arneses.

—¡Vamos, chuchejos! —gritó Sika.

Los perrillos tiraron, arrastrando a los dos osos, y los osos tiraron arrastrando el trineo, que se elevó centímetro a centímetro hasta quedar pegado al borde del precipicio.

Helga se desató la barba, trepó por el trineo como si fuera una escalera y, jadeante y agotada, se desplomó en lo que quedaba del puente. Los perrillos, exhaustos, se relajaron por un instante, ¡y el trineo cayó arrastrando osos y perrros con él!

En el último momento, Helga se sacó un gran cuchillo de debajo de la casaca y cortó de un tajo los arneses de Copito y Granizado. El trineo se perdió de vista en la profundidad.



Durante un momento todo quedó en silencio, hasta que allá abajo resonó el estruendo que hizo al estrellarse en el fondo del abismo.

«¡Aguafiestaaas!», chillaron los trolls, enfadados por no encontrar ningún pasajero que echarse a la boca.

A Sika y a Shen no les parecía bien dejar atrás a Helga, aunque ella los hubiera dejado atrás al salir de Ánimo Perdido. De modo que la acomodaron en el trineo junto a Shen, y Sika se adelantó con los dos osos para ir comprobando con un palo si los puentes de hielo eran resistentes. No habían llegado muy lejos cuando oyeron un nuevo grito de socorro.

A Shackleton Jones le había pasado lo contrario que a Helga. Seguro de la ligereza de su trineo, había elegido la ruta más rápida, atravesando los puentes más finos y frágiles.

Sin embargo, olvidaba que los huskies rosas eran mucho más pesados que los perros robot que había dejado atrás. Al entrar en el puente más endeble de todos, el hielo cedió bajo las zarpas rosadas de los chuchos, que ahora col-

gaban de sus arneses. Lo único que impedía que cayeran era el peso combinado del trineo, Shackleton y NIEBOT.

Bajo ellos, los hambrientos trolls apilaban una montaña de nieve para subirse a ella y tratar de alcanzarlos.

—¿Nos ayudáis, por favor? —gritó el científico al ver el trineo de Sika y Shen—. ¡No puedo dejar que estos pobres perros caigan al abismo!

Para cuando llegaron hasta ellos, la torre de trolls ya casi era lo bastante alta. El que estaba en la cima se puso de puntillas y, estirando el brazo, rozó el pompón rosa que remataba la cola del último perro...

Pero, antes de que pudiera aferrarlo, el perro se elevó de golpe mientras Shen, Sika y Helga ayudaban a Shackleton y NIEBOT a tirar del trineo.

—¡Aguafiestaaaaas! —se indignaron los trolls.

Shen y Sika reemprendieron la marcha, seguidos por Shackleton. En un par de ocasiones, el científico oteó el laberinto de puentes como





si buscara atajos para adelantarlos y llegar antes que ellos al palacio de Papá Nieve. Pero al verlo, Helga exclamó:

—¡Ni se te ocurra! ¡Estos chavales ya nos han salvado dos veces!

Pronto, el final del abismo estuvo a tiro de piedra. Y algo más allá, cruzando despacito el último puente, estaba el trineo de sir Basil Cowl de Bruselas.





Doce

SIR BASIL MIRÓ HACIA ATRÁS y vio la proce-
sión que lo seguía: Sika, con su palo para com-
probar la resistencia de los puentes; los mini-
chuchos, los huskies rosas, dos trineos, otros
tantos osos polares, Shen, Helga, Shackleton
Jones y NIEBOT.

—¡Pardiez, Menaje! ¡Están a punto de alcan-
zarnos!

—Así es, sir Basil. Cruzar los puentes de
nieve nos ha llevado mucho tiempo, señor.

—¡Es hora de echar mano de alguna
trampa más, Menaje!





—Oh, cielos —musitó Menaje—. ¿Está usted seguro de que es necesario, señor?

Sir Basil soltó una carcajada perversa y se retorció el bigote (lo malo es que el pelo se le había congelado y se le partió entre los dedos, lo que estropeó el efecto). Con un suspiro resignado, Menaje abrió el antiguo y carísimo estuche de armamento de sir Basil y extrajo de él un antiguo y carísimo lanzacohetes.

—Debo expresarle mi desacuerdo, señor —dijo Menaje mientras le ofrecía al arma a sir Basil—. Su comportamiento carece de deportividad. En cuanto lleguemos a Londres, dimi- tiré de mi puesto, señor.

—Dimite todo lo que quieras, Menaje —masculló sir Basil mientras cargaba un cohete y apuntaba hacia el puente que sus competidores estaban a punto de atravesar—. Para entonces, mi deseo ya se habrá cumplido y seré el hombre más rico del mundo. Podré contra-

tar millones de mayordomos mejores que tú, especie de alcornoque.

—De acuerdo, señor —repuso Menaje, y se estremeció al ver cómo sir Basil apretaba el gatillo.

El cohete cruzó el aire con un silbido; pero sir Basil tenía muy mala puntería, y en vez de alcanzar el puente deseado, alcanzó otro mucho más allá, al otro lado de la sima. El puente estalló en mil fragmentos que cayeron arrastrando el puente contiguo, que a su vez arrastró otros dos... Pronto, el laberinto entero empezó a retemblar, combarse, desmoronarse y caer.

—¡Vamos, rápido! —gritó Sika, atravesando a la carrera el último tramo del puente.

—¡Deprisa, minichuchos! —exclamó Shen agitando sus correas.

Los demás los siguieron, corriendo tan deprisa como les parecía prudente.



Detrás de ellos, el último puente se desintegraba centímetro a centímetro con un crujido ensordecedor.

Más allá, sir Basil había cargado un nuevo cohete y apuntaba hacia ellos. Shen se tensó: estaban tan cerca de él que no podía fallar.

—¡Chupaos esta, mequetrefes! —se rio sir Basil.

Pero justo en el momento en que apretaba el gatillo, Menaje empujó disimuladamente con el pie la base del lanzacohetes, que se inclinó hacia arriba. El cohete subió zumbando por los aires y estalló en medio de la aurora boreal.

—¡Eres un aguafiestas, Menaje!
—farfulló sir Basil.

Los puentes acabaron de derrumbarse, llenando el aire de nieve y hielo pulverizados. Menaje fue corriendo a recibir a Sika y a sus compañeros, que saltaban a toda prisa a terreno firme.



El último resto del puente por el que habían cruzado se hundió, y Shackleton Jones y NIEBOT a duras penas lograron llegar al borde antes de que su trineo cayera. Rápidamente, Helga sacó su cuchillo y cortó los arneses de los huskies rosas para evitar que el trineo los arrastrase.

–Debo pedirles disculpas por el comportamiento de sir Basil –dijo Menaje mientras ayudaba a Shackleton Jones a ponerse en pie–. Lo cierto es que su comportamiento no es nada caballeroso.

–¡Ahí te quedas, Menaje! –gritó sir Basil mientras saltaba a su trineo–. ¡Sin ti iré aún más rápido!

Su largo látigo restalló sobre las orejas de sus perros, y el trineo salió disparado hacia el palacio de témpanos. Pero en ese momento se oyó un tremendo chasquido y un objeto enorme, puntiagudo y brillante se desplomó del cielo y cayó despachurrando el trineo de sir Basil, quien salió despedido por el aire.

El último cohete había causado estragos en la aurora boreal, y ahora su luz se desplomaba convertida en enormes pedazos solidificados por el frío.





¡UAAAH!

Shen y sus amigos esperaron a que cesara la lluvia de luz rota, y luego fueron esquivando los pedazos hasta llegar a los restos del trineo de sir Basil. Menaje desató a los perros, que se desperdigaron por todas direcciones ladrando alegremente.

Sir Basil había aterrizado en un montón de nieve esponjosa del que salió a gatas, berreando amenazas y sacudiendo el puño. Sin embargo, su puño parecía más menudo que hacía un momento. Todo él parecía más menudo, de hecho: estaba empequeñeciendo a ojos vistas, tanto que, en unos segundos, era como un muñequito de plomo que chillaba con voz agudísima.

—¡Descarados mentecatos! ¡Mirad lo que habéis hecho! ¡He aterrizado en un montón de mininieve!



–Tened cuidado –advirtió Helga a sus amigos, mientras atrapaba a sir Basil con la correa de un carlino–. No se os ocurra tocar esa nieve.

–¡Si vuestros perrillos encogen, no podremos ni verlos! –exclamó Shackleton Jones.

Helga tiró de la correa hasta que sir Basil estuvo lo bastante cerca para agarrarlo. Él siguió echando pestes durante unos segundos, hasta que se dio cuenta de lo chiquitito que era ahora.

–Estooo... Yooo... Bueno, pelillos a la mar –masculló entonces.

–¿Se pueden curar los efectos de la mini-nieve? –preguntó Shen.

–No lo sé –respondió Shackleton Jones–. Tal vez se le pasen dentro de un tiempo.

–¡Pero es que no quiero quedarme así para siempre! –gimoteó sir Basil.

Helga se lo pasó a Menaje, quien lo guardó en una cajita de lata en cuya tapa había hecho unos agujeros para que entrase el aire. Luego, mientras la vocecilla indignada de sir Basil zumbaba dentro de la caja, el grupo se puso



de nuevo en marcha hacia el palacio de
témpanos.

Aunque habían dejado de competir,
todos querían saludar a Papá Nieve; al fin
y al cabo, habían hecho un largo camino.
Como ya no había sitio para todos en el tri-
neo, se fueron turnando para andar.

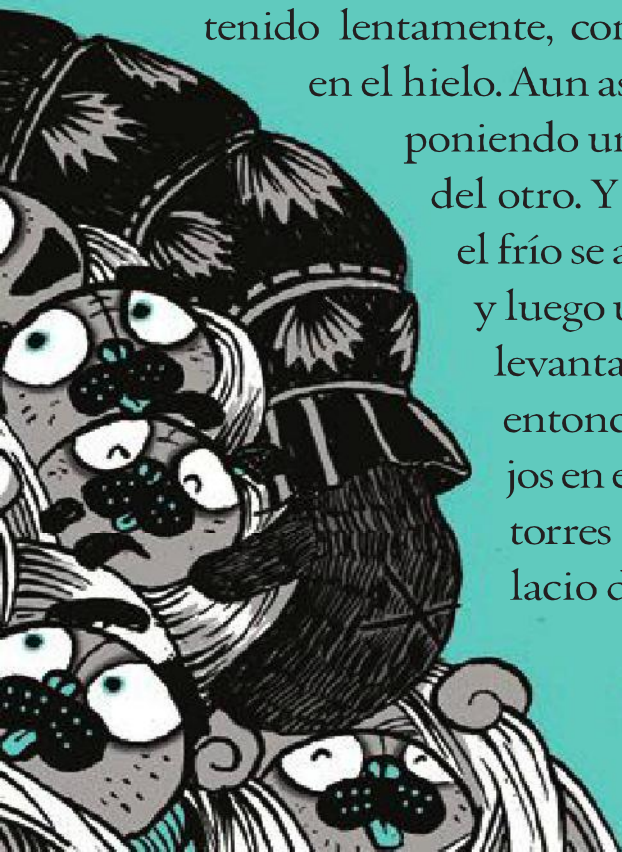
Resultaba fatigoso, porque el suelo helado resbalaba mucho y, aunque desde lejos les había parecido plano, en realidad era una pendiente bastante empinada. Además, cuanto más subían, más frío hacía. Cada vez que Shen pensaba que no podía hacer más frío, la temperatura bajaba un poco más. Ya se había acostumbrado a formar nubecillas al respirar; pero aquí, en la cima del mundo, el aliento se solidificaba en cuanto salía de su boca y caía al suelo con un tintineo, como una cucharilla que rebotara en el hielo. Hacía tanto frío que los minichuchos, que tan lejos y tan rápido habían corrido ataviados con sus jerséis de lana de Aran, empezaron a temblar y a quedarse entumecidos, hasta el punto de que apenas podían caminar. Entonces, Menaje y Helga los recogieron y Helga los arropó con su barba, que aún era sorprendentemente larga, blanca y esponjosa por haber comido fideos yetis. Los perrillos asomaron sus hocicos chatos entre los mechones y observaron cómo Sika, Shen y Shackleton enganchaban los dos osos pola-



res, los huskies rosas y los perros de sir Basil al trineo.

«Dentro de poco hará demasiado frío para hablar», habría querido decir Shen; pero al intentar hacerlo se dio cuenta de que ya hacía demasiado frío y decidió mantener la boca cerrada, no se le fuera a convertir la lengua en una especie de polo rosa.

Pronto hizo demasiado frío hasta para pensar. Era como si la cabeza de Shen se hubiera congelado y sus pensamientos se hubieran detenido lentamente, como peces atrapados en el hielo. Aun así, siguió avanzando, poniendo un pie helado delante del otro. Y de pronto notó que el frío se atenuaba un poquito y luego un poquito más. Y al levantar los ojos –que hasta entonces habían estado fijos en el hielo–, vio las altas torres de témpanos del palacio de Papá Nieve.



De las chimeneas del edificio salían hilillos de humo que se enroscaban en la aurora boreal. Y sentado ante el alto muro blanco que rodeaba el palacio había un anciano enorme, aún más grande que el abuelo de Sika.

—¡Me alegro mucho de veros!
—dijo con una voz tan rugosa y dulce como el turrón duro—. Y ahora, veamos: ¿cuál de vosotros es el ganador? ¿Quién podrá pedirme un deseo?







Trece

TODOS SE QUEDARON CALLADOS por un momento (salvo sir Basil, que chilló: «¡Yo! ¡He ganado yo, oiga!», pero que, como estaba metido en la caja, no pudo hacerse oír).

–Ninguno –dijo Shen al fin–. O todos o ninguno.

–Es cierto –corroboró Sika–. Hemos llegado todos juntos, y ninguno podría haber llegado si no fuera por los demás. Yo aún estaría fregando los cacharros de los yetis si NIEBOT no hubiera avisado a Shen...

–De hecho, todos seríamos yetis si Shen no nos hubiera rescatado –recalcó Shackleton.

–Y yo habría caído al abismo si Sika y Shen no me hubieran ayudado –dijo Helga.



–Y los minichuchos se habrían congelado si Helga no los hubiera arrojado con su barba.

–Y todos habríamos saltado por los aires si Menaje no hubiera desviado el cohete.

–Así que no ha ganado ninguno –concluyó Shen con aire triste–. Al menos, no del todo.

La ancha sonrisa de Papá Nieve se hizo más ancha y blanca aún.

–O tal vez todos hayáis ganado –dijo–. Por primera vez en la historia, declaro que ha habido un empate. Hala, entrad y discutiremos el asunto de los premios...

Todos pasaron tras él por un portalón que había en el muro blanco, y se encontraron en un jardín. El color que menos esperaban encontrar allí, en la cima del mundo, era el verde; sin embargo, aquel lugar estaba lleno de verde. Había hierba y árboles por todas partes, salpicados de flores rojas y doradas.



–¿Cómo ha logrado cultivar todas estas plantas? –preguntó admirado Shackleton Jones.

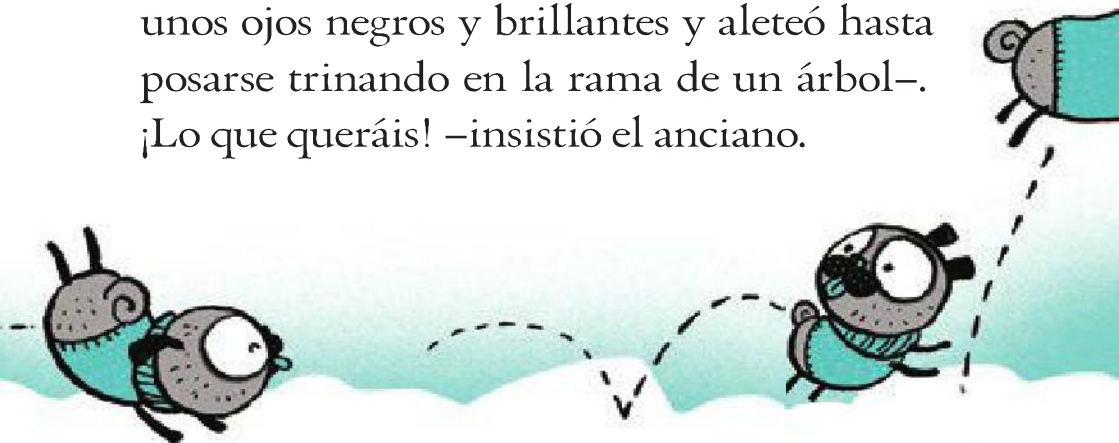
–No las he cultivado –repuso Papá Nieve–, las he modelado con nieve.

–¿Con nieve? –repitió Menaje, estirando un brazo para rozar uno de los troncos.

–Todo lo que veis aquí está hecho de nieve –aseguró Papá Nieve–. Es nieveloquesea, una clase especial que solo cae aquí, en la cima del mundo. Dadle la forma del objeto que queráis y se convertirá en real.

Se acercó a grandes zancadas a un montón de nieve que se había acumulado contra el muro, se arrodilló para recoger un puñado y le dio forma de pájaro.

–¡Mirad! –dijo, y ante los ojos de sus invitados, el pajarillo blanco se tornó rosado, abrió unos ojos negros y brillantes y aleteó hasta posarse trinando en la rama de un árbol–. ¡Lo que queráis! –insistió el anciano.



Por un momento, todos se quedaron demasiado asombrados para hablar.





Luego, lanzando gritos de alegría, se lanzaron sobre el montón de nieve y empezaron a tomar grandes puñados a los que daban forma de... de todo lo imaginable. Shen hizo un barquito de nieve, que se transformó en el barco en miniatura más perfecto que había visto jamás. Tenía cordaje, anclas y todo tipo de cosas que Shen no había podido modelar, pero que la nieve había detectado que quería. Se metió el barquito en un bolsillo y se puso a modelar un cofre del tesoro que llenó de diamantes de nieve.



—Ah, eso mismo hizo el padre de sir Basil cuando vino hace tantos años —dijo Menaje, que estaba fabricándose un nuevo sombrero de hongo para reemplazar al suyo, bastante perjudicado por sus aventuras.



Shackleton Jones, mientras tanto, fabricaba tuercas y engranajes de nieve para hacer alguna máquina de las suyas. Helga, por su parte,





estaba terminando de modelar un gran oso polar que se sacudió, rugió y salió corriendo al otro lado del patio para jugar con Copito, Granizado y los sesenta y seis minichuchos.

—Cuantos más osos polares amistosos haya por el mundo, mejor —dijo Helga.

¿Y Sika? Ella se limitaba a mirar lo que hacían los demás, mientras Papá Nieve, a su lado, soltaba risitas complacidas al verlos a todos tan contentos.

—Siempre es igual —dijo Papá Nieve—. Siempre, desde que Ooka llegó aquí por primera vez y descubrió la nieveloquesea.

—¿Y qué fabricó ella? —quiso saber Sika.

–Verás... –repuso Papá Nieve–. Ooka se sentía un poco sola después de haber hecho un camino tan largo, así que formó un hombre de nieve. Ni siquiera sabía que lo estaba haciendo con nieveloquesea; pero, al acabar, se tumbó a su lado para dormir, y cuando despertó...

–¿El hombre había cobrado vida? –preguntó Sika.



Papá Nieve sonrió aún más y asintió, perdido en sus recuerdos.

–¿Y tú, Sika? –preguntó al fin–. ¿Qué vas a fabricar?

–Pues no sé –respondió ella–. Lo que yo deseo no es un objeto: he venido hasta aquí para pedirte que mi abuelo se ponga bueno.

–Ay, Sika... –murmuró Papá Nieve–. Me temo que yo no puedo hacer eso.

–¿Pero usted no cumplía los deseos? ¡Eso es lo que dicen todas las historias! Dicen que usted concede al ganador lo que más desee.

–Creo que se han mezclado un poco las cosas –repuso el anciano–. Yo soy el guardián de la nieveloquesea, pero no tengo poder para conceder deseos. Si la gente obtiene lo que más desea al llegar aquí es porque se trata de algo que puede hacerse de nieveloquesea... o porque lo halla en el camino, como le ocurrió a tu abuelo.

–¿Se acuerda de mi abuelo?



—¡Pues claro! Era un chico muy valiente. Me hubiera gustado verle ganar, pero al final lo derrotó el padre de sir Basil, me temo que haciendo tantas trampas como su hijo... Al final no importó, sin embargo. A tu abuelo no le hacía falta llenarse los bolsillos con riquezas de nieve: el viaje hasta aquí fue premio suficiente para él. Ver las maravillas de un Invierno de Verdad, regresar a casa con historias que contar...

—¡Y menudas historias! —asintió Sika—. Pero, cuando se muera, las historias se acabarán.

—No, no —replicó Papá Nieve—. Todas las cosas mueren salvo las historias. Las historias siguen y siguen, y siempre están naciendo otras nuevas. Y ahora, ve a hacerte algo antes de que los demás usen toda la nieve.

De modo que Sika fue corriendo junto a Shen, que ya había terminado su cofre de diamantes y ahora estaba ocupado haciendo sesenta y seis minihuesos para los sesenta y seis minichuchos. Sika se puso a ayudarle, y mientras lo hacía recordó algunas cosas que siem-



pre había deseado tener, y los dos las fabricaron también.

Y entonces todos se dieron cuenta de que estaban muertos de hambre, así que fabricaron un montón de comida de nieve que llevaron al palacio y se zamparon junto a la chimenea (cuyos troncos también eran de nieve). Y mientras comían, charlaron sobre sus planes.

—Yo ya he conseguido lo que más deseaba —dijo Shackleton Jones—. NIEBOT ha reunido los suficientes datos y muestras de esos extraños tipos de nieve para tenerme ocupado durante varios años. ¡Me haré famoso! Hasta puede que le pongan mi nombre a un copo de nieve... Y de camino a casa, quiero parar



unos días en Ánimo Perdido. Creo que esos yetis necesitan un lavavajillas eléctrico, y yo soy la persona adecuada para fabricárselo.

–Yo compraré la mansión de sir Basil para vivir en ella –afirmó Menaje–. En caso de que sir Basil recobre su tamaño normal, le dejaré que se quede y que sea mi mayordomo. Si no, podrá ocupar una de las casitas que hay junto a las vías de mi tren eléctrico.

–Pues vaya –farfulló sir Basil, quien, sentado en una caja de cerillas que había sobre la mesa, roía un cacahuete que para él era tan grande como un pavo asado–. Si no hubierais metido vuestras sucias narizotas en mis asuntos, ahora yo sería el hombre más adinerado del mundo, no el más aminorado.



–Ah, pero es que usted siempre ha sido una persona pequeñita –replicó Papá Nieve–. Por dentro siempre ha sido un hombre diminuto; lo único que le ha pasado es que su tamaño se ha ajustado a su talante.

–Las casas de mi tren eléctrico son muy acogedoras –le animó Menaje–. Allí podrá establecerse muy cómodamente. Y será el hombre más rico de ese mundo, con lo que, en cierto modo, se habrá cumplido su deseo.

–Yo también me voy a establecer –dijo Helga Hammerfest, que había estado conferenciando un buen rato con Papá Nieve mientras los demás comían–. Me voy a quedar aquí: ese es mi deseo. Es el lugar perfecto para mis osos polares, y para mí también. Los inviernos del resto del mundo siempre se han acabado demasiado pronto para mi gusto.

–¿Y tú, Shen? –preguntó Papá Nieve–. ¿Cuál es tu deseo?

–Yo voy a llevar mis diamantes a Nievegrado para comprarme un barco nuevito –contestó Shen.

Pero ahora que tenía dinero para comprarse un barco, lo cierto era que le daba pena. Le iba a costar despedirse de Sika; y cada vez que la miraba le daba más pena aún, porque aunque Sika tenía un gorro nuevo y muchas otras cosas, en realidad no había ido allí para eso. Había ido para que Papá Nieve salvara a su abuelo, y ahora resultaba que Papá Nieve no podía hacer eso.

Después del festín, se fueron a dormir en unas camas tan blancas, blandas y suaves como montones de nieve. Y cuando despertaron, ya era el momento de irse a casa. En el jardín de Papá Nieve, Menaje ataba firmemente la caja de sir Basil a su trineo, mientras este zumbaba dentro como una avispa pomposa. Shackleton Jones estaba preparando su trineo para el despegue (le había añadido unas alas y unos propulsores hechos de nieve, ayudado por NIEBOT y por otro robot llamado NIEBOT II que NIEBOT había hecho de nieve).

Helga paseaba por el jardín mientras sus osos polares jugueteaban en el césped.



–¡Es el sitio ideal para mí! –exclamó alegremente–. Llevo queriendo vivir aquí desde que era una niña. ¡Se acabaron las tristes primaveras y los plomíferos veranos! El invierno es lo mejor. El invierno resplandece.

Shen y Sika fueron al lugar en el que habían dejado el trineo del abuelo. El largo viaje lo había deslucido; hasta las correas de los minichuchos estaban hechas jirones.

–Es un camino muy largo para unas patitas tan cortas –observó Papá Nieve mientras Sika y Shen empezaban a amarrar como podían a los perros.

Era cierto: los chuchejos no parecían muy felices ante la perspectiva del largo viaje de vuelta.

–Pero es que nos tenemos que marchar –dijo Sika–. Esto es precioso, pero nosotros no queremos quedarnos para siempre, como Helga –de pronto, Sika miró a los ojos del anciano–. La verdad es que he estado pensando en lo que más deseo...



–Sabes que no puedo concedértelo –repuso Papá Nieve.

–Sí, lo sé. Pero en vez de eso, ¿no podría concederme lo que más desea mi abuelo?

–¿Y qué desea?

–Verlo a usted una vez más –contestó Sika.

Papá Nieve se quedó callado y caviloso durante un buen rato. Mientras pensaba, el trineo de Shackleton Jones surcó los aires sobre ellos, con el científico y los dos NIEBOT diciendo adiós por las ventanillas. El trineo dio una vuelta al palacio de témpanos y luego voló raudo hacia el sudoeste.

–Sí señor. Por los aires: así es como hay que viajar –murmuró Papá Nieve, protegiéndose los ojos con la mano para seguir el vuelo del trineo sobre la aurora boreal.

De pronto, el anciano echó a correr hacia su jardín y se acercó a un nuevo montón de nieve que había caído durante la noche.

Mientras Shen y Sika lo miraban, Papá Nieve comenzó a dar forma a seis grandes criaturas. Cuando acabó, seis enormes renos sacudieron



la cabeza y empezaron a pastar, mientras el anciano fabricaba un arnés rojo para cada uno, que llevó al trineo de Sika y Shen.

–Vuestros chuchos han llegado más lejos que cualquier otro perro de su tamaño –dijo, empezando a amarrar los renos al trineo–. ¡Sería injusto obligarlos a hacer a pie el camino de vuelta!



De algún modo, Shen, Sika, Papá Nieve y los sesenta y seis minichuchos se apretujaron en el trineo, dejando sitio incluso para el cofre del tesoro.

Cuando todos estaban en su sitio, Papá Nieve azuzó a sus renos con un grito y el trineo empezó a deslizarse impulsado por su poderoso galope.

De pronto, Shen se dio cuenta de que ya no oía el roce del trineo sobre la nieve.



Se asomó por el borde y vio que estaban volando: cada alce había desplegado un par de grandes alas castañas, y ahora aleteaban hacia el sur. El palacio de Papá Nieve, con su jardín circular, disminuía rápidamente de tamaño, mientras Helga y Menaje (que aún no había partido) les decían adiós con la mano.

Shen se despidió también, aunque pronto estuvieron tan altos que supuso que no podrían verlo. Pero él seguía viéndolo todo: el palacio de témpanos, el abismo de los puentes rotos, los cincuenta

tipos de nieve... Allá a lo lejos se divisaba Ánimo Perdido, y más lejos aún, la Sima del Kraken y el Bosque Nocturno, donde los ladridos de los chuchos habían provocado que cayeran montones de nieve.

Ante los ojos de Shen se extendía el vasto, frío y blanco norte, extendido bajo la aurora boreal como un mapa o como la cobertura de una tarta gigantesca.



Con una carcajada, Papá Nieve agitó las riendas y los renos volaron aún más veloces hacia el sur, rumbo a las lejanas lucecillas de Nievegrado.







Catorce

EN LA SILENCIOSA NOCHE de CORRE Y DA, el abuelo soñaba. Su cama era un trineo que lo transportaba una vez más sobre el hielo resplandeciente, bajo el toldo verdoso de la aurora boreal.

De pronto, abrió un ojo. ¿Era un aleteo aquello que se oía? Algo que volaba sobre la casa y se posaba en la nieve de delante...

En algún lugar, una puerta se abrió con sigilo. Una ráfaga helada se coló en la habitación. Se oyó un rumor de pisadas leves en la madera del suelo.

El abuelo abrió el otro ojo.

–Pensé que eras un sueño –dijo.

–No lo soy –respondió Papá Nieve, que, grande como una sombra amistosa, debía agacharse para caber en la habitación.



–Entonces, ¿es verdad que mi cama es un trineo? –preguntó el abuelo–. ¿Vuelvo a estar en la cima del mundo?

–No –contestó Papá Nieve–. Soy yo quien ha venido al sur, para variar. Helga Hammerfest y sus osos cuidarán el Polo Norte en mi ausencia. Sika me dijo que querías verme de nuevo...

–Lo que quería era ir a verte –replicó el abuelo–. Quería hacer ese viaje por última vez. Pero me doy cuenta de que soy demasiado viejo para esas cosas; tendré que contentarme con las historias del viaje de Sika.

–¡Y menudas historias te traigo, abuelo! –exclamó ella, encaramándose a la cama para abrazar al anciano–. ¡No sabes la de aventuras que hemos corrido y la de cosas que hemos visto Shen y yo!

Los dos chicos empezaron a relatar sus peripecias. Papá Nieve los escuchaba, y al cabo de un rato, la madre de Sika se despertó con el ruido y se unió a ellos. Y allí estuvieron sentados toda la noche, a la luz resplandeciente de

la aurora boreal, intercambiando historias.

Al llegar la mañana, el abuelo se quedó dormido, aún sonriente por el recuerdo de todas las cosas que le habían contado. Se hundió más y más profundamente en sus sueños, mientras sus ronquidos se hacían más y más débiles.

Hasta que fueron tan débiles que dejaron de oírse, y los demás supieron que el abuelo ya no se despertaría más.

Todos se quedaron tristes y silenciosos durante un rato.

–Venid –dijo al fin Papá Nieve.

–¿Adónde? –preguntó la madre de Sika.

Papá Nieve abrió la puerta que había en la pared opuesta, y el aire helado inundó el cuarto.

Entonces, Papá Nieve rodeó la cama del abuelo y empezó a empujarla hacia la puerta. Shen y Sika se levantaron de un salto para ayudarle; no sabían por qué querría sacar la cama, pero estaban seguros de que tendría una buena razón. A los pocos segundos, la madre de

Sika fue a empujar también. Entre los cuatro sacaron la cama, que, sobre la nieve destellante, se parecía más que nunca a un trineo.

Papá Nieve se agachó y recogió un puñado de nieve del suelo. La examinó y sonrió.

–Lo suponía –dijo.

–¿El qué? –preguntaron los demás.

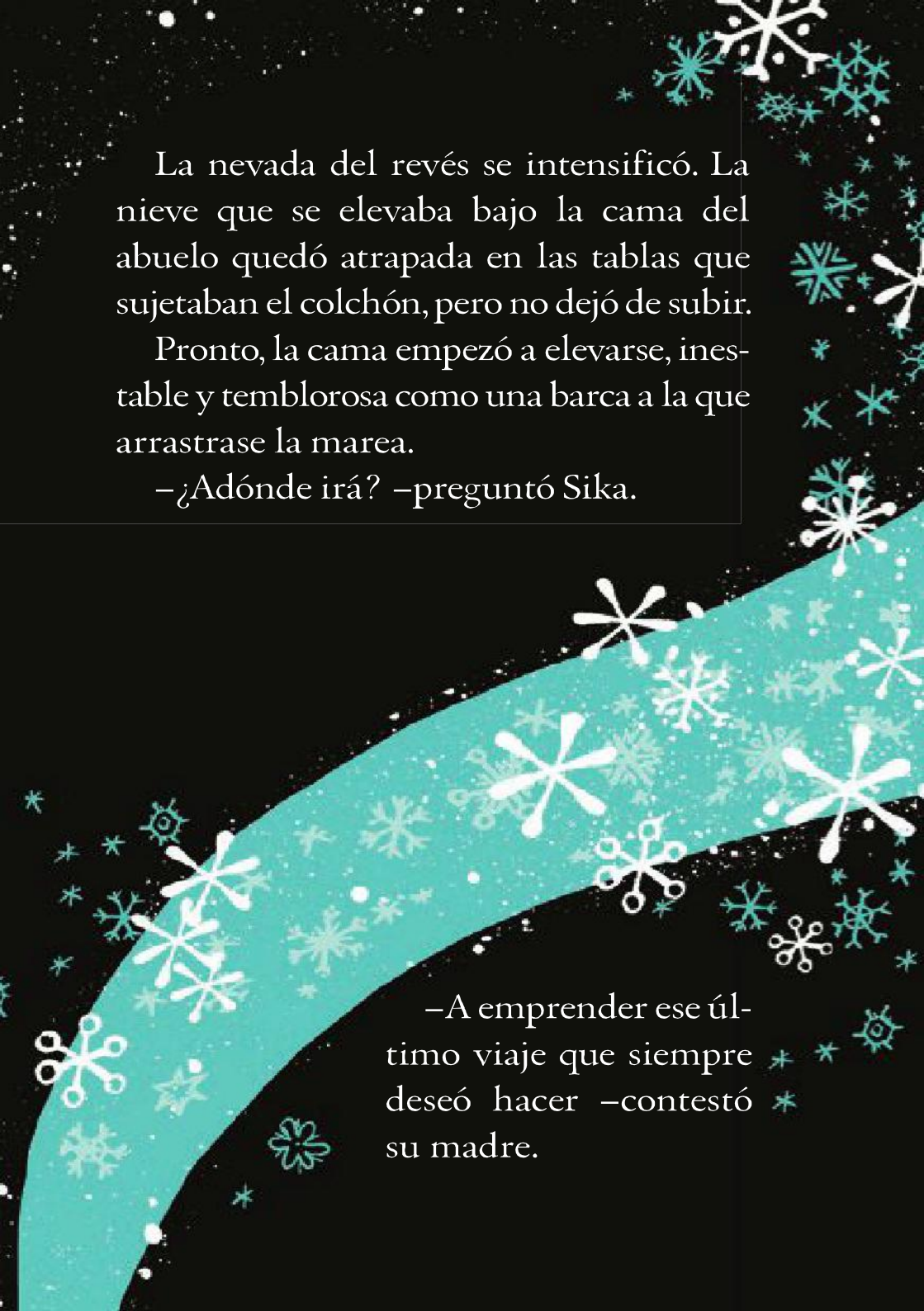
–De los cincuenta tipos de nieve, este es mi favorito.

Sopló suavemente sobre la nieve que tenía en la mano, y esta se separó en leves copos que vagaron por el aire como el plumón de una almohada rota. Shen tardó un momento en advertir lo que tenían de especial.

–¡Cae hacia arriba! –exclamó.

Los copos eran demasiado ligeros para subir en línea recta; el más leve soplo los desviaba de su trayectoria. Sin embargo, no cabía duda de que se elevaban. Y a su alrededor, delante de CORRE Y DA, empezaban a elevarse muchos copos más que se desprendían del suelo con un susurro y flotaban hacia la negra noche.



The background is a dark, textured surface, possibly representing a night sky or a snowy landscape. A prominent, thick, teal-colored wavy line curves across the lower half of the page. Scattered throughout the entire scene are numerous snowflakes of various sizes and designs, some in white and others in a teal color that matches the wavy line. The overall aesthetic is whimsical and wintry.

La nevada del revés se intensificó. La nieve que se elevaba bajo la cama del abuelo quedó atrapada en las tablas que sujetaban el colchón, pero no dejó de subir.

Pronto, la cama empezó a elevarse, inestable y temblorosa como una barca a la que arrastrase la marea.

—¿Adónde irá? —preguntó Sika.

—A emprender ese último viaje que siempre deseó hacer —contestó su madre.



–Así es –asintió Papá Nieve–. Se dirige a lugares que ni siquiera yo he visto jamás.

–Adiós, abuelo –murmuró Sika.

La nieve seguía cayendo hacia arriba, cada vez más espesa. Era una columna de copos que danzaban desenfrenados como las pavesas de un fuego helado, con la cama suspendida en su interior. Se elevaba len-





tamente, oscilando en las alturas, iluminada por el fiero resplandor de la aurora boreal. Sika, su madre y Shen se agarraron de las manos y contemplaron cómo se alejaba. Papá Nieve se quedó junto a ellos un rato y luego se acercó a su trineo.

Sika, su madre y Shen siguieron la cama con la mirada mientras esta desaparecía en el firmamento. Y mucho rato después de que dejara de verse, los tres seguían allí de pie, mirando fijamente el punto del cielo en el que había desaparecido.

Los últimos copos de la nieve del revés revolotearon en torno a ellos. Alrededor de CORRE Y DA solo quedaba una fina capa de nieve normal. De pronto, Shen sintió una intensa soledad; se acababa de dar cuenta de que su aventura casi había terminado, y pronto llegaría el momento de marcharse de allí.

Pero entonces, como si adivinara sus pensamientos, la madre de Sika le puso la mano en el hombro.

—He estado pensando, Shen —le dijo—. Creo que, si tú quieres, podrías quedarte aquí con nosotros, y tus sesenta y seis minichuchos también. Quiero reabrir CORRE Y DA, vender chocolate caliente y alquilar habitaciones a los turistas que vengan a ver la aurora boreal.

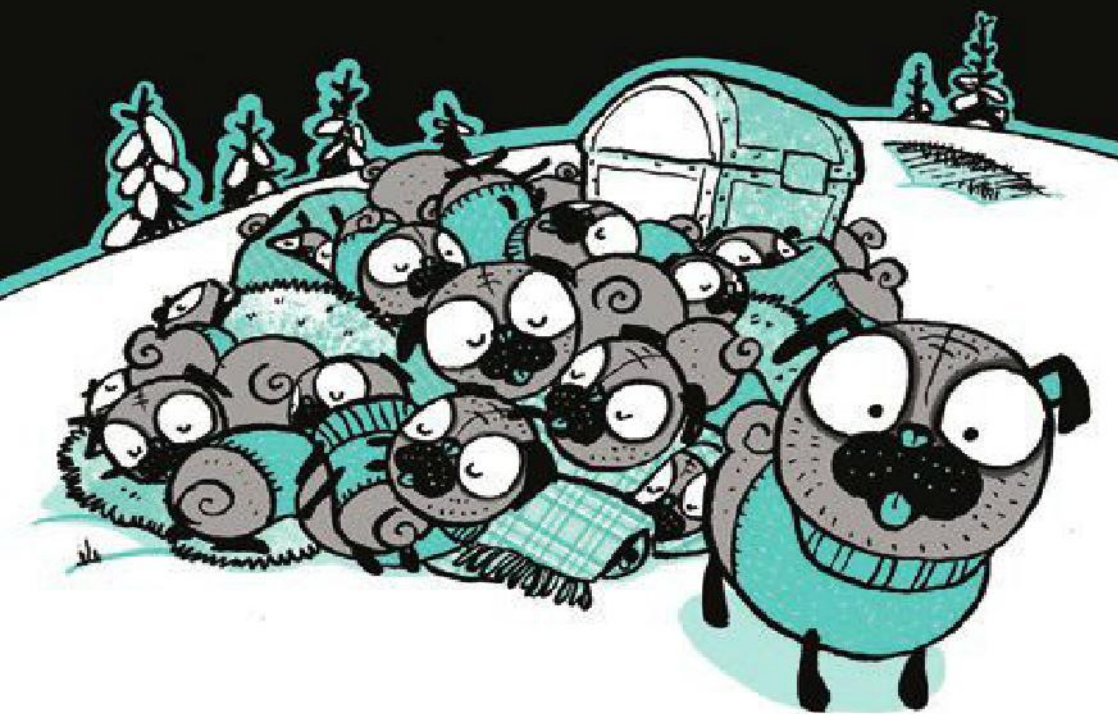
Y entonces, Shen supo cuál había sido su mayor deseo todo aquel tiempo. No era un barco nuevo: lo que deseaba de verdad era una nueva vida allí, en aquella acogedora casita.

—¡Puedo ayudaros! —exclamó—. ¡Podríamos montar un servicio de reparto de cartas y paquetes transportados por minichuchos! Usare-

mos el tesoro que hice en el jardín de Papá Nieve para arreglar el tejado, y encargaremos letras nuevas para el cartel: una O, una S, una T, una I, una E, una N...

—¡Ahí va! —exclamó Sika—. ¿Y Papá Nieve?

Los dos echaron a correr hacia el lugar en el que había aterrizado el trineo. Vieron a los sesenta y seis minichuchos apilados y dormidos como troncos bajo una pila de mantas y pieles; vieron el cofre de Shen y los demás tesoros que habían traído. Pero el trineo ya no



estaba, y Papá Nieve tampoco; había emprendido el regreso a su hogar en el Polo Norte.

–Ni siquiera se ha despedido... –se lamentó Shen.

–No hacía falta –replicó Sika.

Se quedaron callados y, de repente, en el silencio de la noche oyeron un suave tic... tic... tic...

El festón de témpanos que adornaba el alero de CORRE Y DA estaba goteando.



–Parece que va a cambiar el tiempo –dijo la madre de Sika.

–El Invierno de Verdad llega a su fin –asintió Sika tristemente–. A partir de ahora, este será un invierno normal, y luego vendrá la primavera. No habrá otro Invierno de Verdad hasta dentro de una vida entera.

Pero Shen no estaba triste. Al fin y al cabo, había visto cosas como el kraken, los yetis y los cincuenta tipos distintos de nieve. Había llegado a la cima del mundo y había conocido a Papá Nieve.

Y ahora se iba a quedar allí a vivir, en aquel lugar que aún le resultaba extraño, entre aquellas simpáticas casitas con patas.

Y acabaría por conocer aquellas colinas, bosques y fiordos en todas las estaciones y con todos sus aspectos.

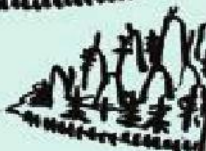
Y tal vez, cuando transcurriera una vida entera y regresara el Invierno de Verdad, pudiera ver de nuevo a Papá Nieve.

Pero hasta entonces...

... hasta entonces...

... ¡menuda vida iba a pasar!





Gracias por compartir

<https://www.facebook.com/compendiosescolares/>

**Si deseas compartir, adquirir materiales
educativos o intercambiar con nosotros ingresa
a nuestro grupo Compendios Escolares:**

<https://www.facebook.com/groups/204490703592563/>

PHILIP REEVE

Cuando Philip Reeve era pequeño, su familia tenía un chihuahua llamado Nero que hacía montañismo. Nero llegó a las cimas de muchas montañas, y todo el que se cruzaba con él decía: «¡Seguro que tenía las patas más largas antes de empezar la subida!».

En la actualidad, Philip vive en Dartmoor junto a Sarah (su mujer), Sam (el hijo de los dos), un caniche y dos alpacas.

Philip y Sarah trabajaron juntos para inventar las ideas que forman este libro. Luego, Philip escribió las palabras y Sarah hizo los dibujos.



SARAH MCINTYRE



Cuando Sarah McIntyre tenía dieciséis años, escaló el monte Rainier con su padre y un grupo de amigos. Lo que más le gusta de andar sobre la nieve es hacer glissade (esto es, sentarse sobre la nieve y bajar de ese modo las laderas de las colinas, usando un piolet para frenar).

Sarah jamás ha tenido perro hasta ahora, que tiene sesenta y seis (todos dentro de este libro). Vive en Londres junto a Stuart, su marido.



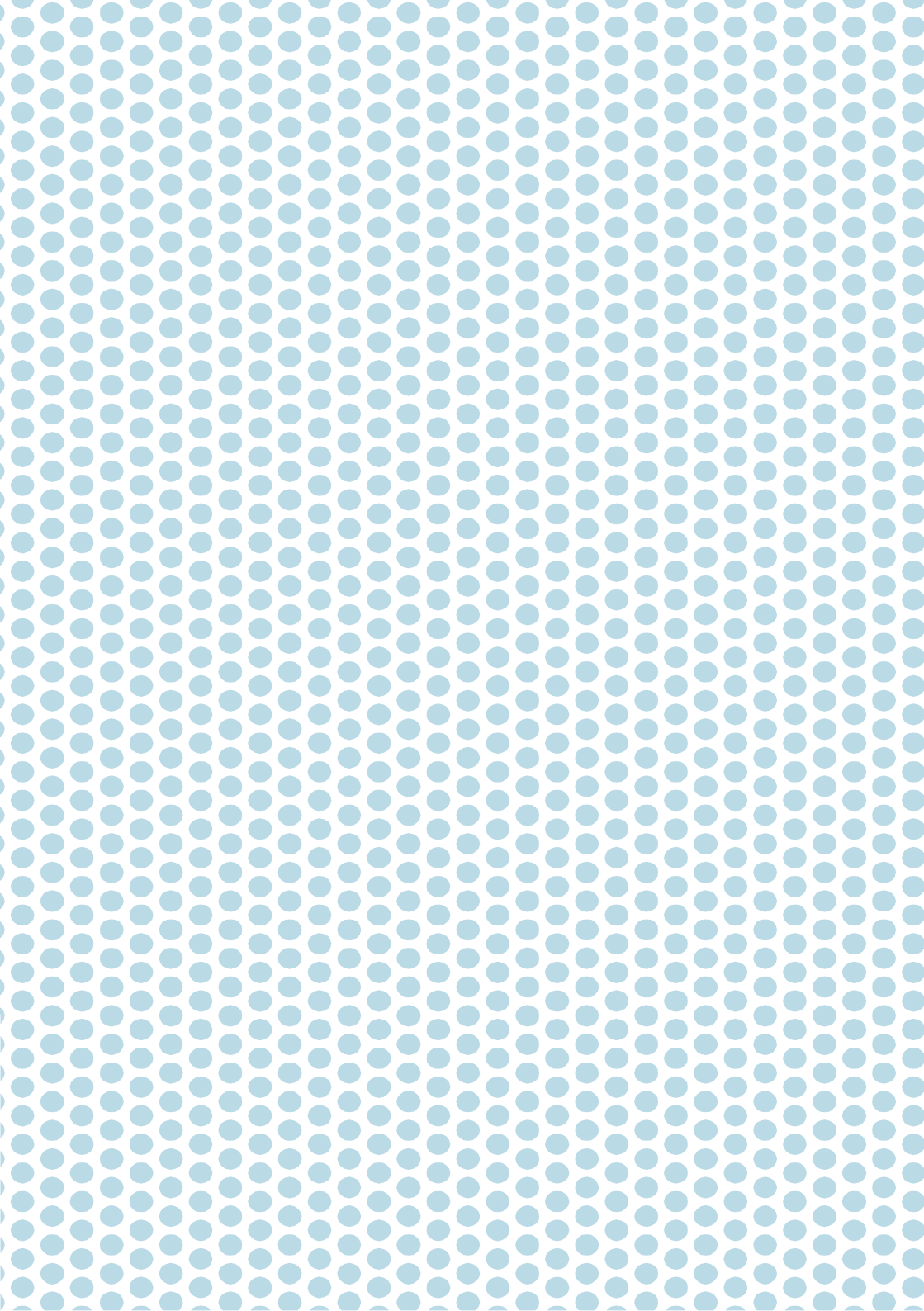
Si te ha gustado este libro, visita

[https://
www.facebook.com/
compendiosescolares/](https://www.facebook.com/compendiosescolares/)

Allí encontrarás:

- Un montón de libros.
- Juegos, descargables y vídeos.
- Concursos, sorteos y propuestas de eventos.

¡Y mucho más!



Gracias por compartir